

Precio en Madrid, por un año. 40 rs.
Id. en provincia enviándose por el correo. 50.

Paris: librería española de Mellado, rue de Provence, núm. 42.
REDACCION, C. DE STA. TERESA, N. 8, MADRID.

En ultramar y el extranjero, fijan el precio los comisionados.
Se suscribe en casa de los corresponsales del Establ. de Mellado.

SUMARIO.

ARTÍCULOS. Pedro el Grande.—Bibliografía.—Maravillas del arte y de la industria, por don F. Fernandez Villabril.—Las parábolas, por don F. Fernandez Villabril.—Arago.—Una historia de banditos, novela por Alejandro Dumas. (Conclusion).—Anuncio.
GRABADOS. Pedro el Grande.—Casa de Pedro el Grande en Saardam.—Habitaciones modernas.—El buen samaritano.

Pedro el Grande (1).

I.

El sudor frío.—La lección de una mujer.—La peluca del burgomaestre.—Es botado al agua el *Coton*.—Los bandidos.—El garfio de hierro.—El hermano del czar.—Catalina.—Carpintero sin cepillo.—Yo aprenderé a dar puñadas.

Es curioso saber, hasta en sus menores particularidades, la vida de un príncipe que reformó el imperio mas vasto del mundo. Permitido nos será, pues, el reunir aquí algunas anécdotas poco conocidas de la vida pública y privada del legislador moscovita. Garantizamos la autenticidad de las fuentes de donde las hemos tomado.

Hijo del segundo matrimonio de Alexis, Pedro apenas contaba cuatro años y medio cuando murió su padre. Pero como era hijo de segundas nupcias no era muy querido en la familia, que estaba sumamente distante de creer que llegase un día en que reinase: su hermana Sofia era la que mas se esforzaba en impedirlo.

—¿Qué tenemos que temer, decía la co-regente á Gallitzin, de un imbecil y de un epiléptico?

Con esta última palabra designaba á Pedro, acometido siempre de un terror maquinal que le producía un sudor frío, y que experimentaba convulsiones cuando tenia que pasar un arroyuelo.

—Ese niño de sudor frío, respondía el primer ministro, tiene la sangre *viva y ardiente*, y debemos desconfiar de él, señora.

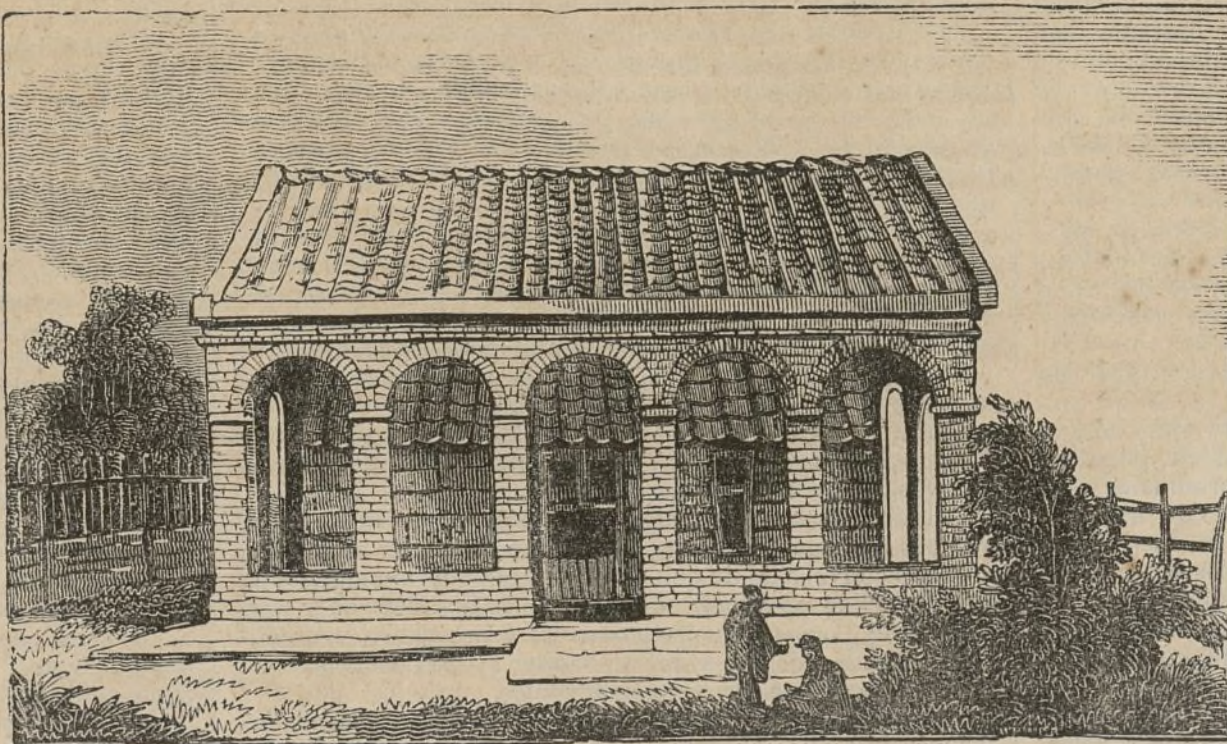
No se equivocaba. Bien sabidas son las meticolosas precauciones con que se enseña la natación á los jóvenes en Europa: Pedro estuvo muy lejos de emplear ninguna de ellas. A pesar de su natural aversión al agua, se arrojó intrépidamente á ella para domar la naturaleza, y llegó á ser el mejor marino del Norte. Avergonzado de la ignorancia en que le tenían sumido, aprendió por sí mismo el holandés y el alemán, y jugaba á los soldados con los niños á quienes le era permitido ver. Los días de consejo se deslizaba secretamente en la sala de audiencia de Gallitzin, y observando que se consultaba á los extranjeros con preferencia á los rusos sobre el arte de formar tropas nacionales, juró que en cuanto ocupase el trono no dispensaría su confianza mas que á extranjeros en las guerras que se viese obligado á sostener.

El ginebrino Lefort fué el primer general de su ejército. Habiendo querido en lo sucesivo separarse de este método, recibió una buena lección de una señora de Varsovia.

(1) Parécenos que será leído con gusto el presente artículo, hoy que tanto interés inspira todo lo perteneciente á la Rusia.



Pedro el Grande.



Casa de Pedro el Grande en Saardam.

Aquella dama estaba enlazada con las primeras familias de la ciudad, y su talento la daba grande influencia en los negocios públicos. En una de las conferencias que Pedro tenia con ella sobre asuntos de Estado, la dijo un día que estaba aumentando su ejército.

—¿Y admitiréis en él, le preguntó, oficiales extranjeros? —No, la contestó, mis lugartenientes se hallan ya bastante instruidos para formarme buenos oficiales y soldados.

—Estais en un error, le replicó, y despues discutió por largo tiempo el asunto, sin poderle hacer variar de opinion.

Algunos dias despues el czar fué á visitarla, y la preguntó en que estado se encontraba su música, que no habia oido ya hacia mucho tiempo.

—Vuestra magestad, le dijo, podrá juzgar de ella esta noche al cenar.

Y mandó secretamente que la orquesta solo se compusiese de naturales del pais. Comenzó el concierto y la ejecución desgarraba los oidos: todos los convidados se sorprendieron, pero ella aparentó no advertirlo. Por último, el emperador la preguntó cómo era que su música, en un principio tan buena, se habia vuelto tan mala.

—Son los mismos músicos, le contestó, solo que faltan los extranjeros, á quienes he despedido.

—Ya os comprendo, señora, la dijo Pedro I, teneis razon. Y mudó de opinion, y mandó que en lo sucesivo una tercera parte de sus oficiales se compusiese de extranjeros.

Si Pedro aprendió antes que nada el idioma holandés, fue porque en Holanda hizo sus primeros ensayos náuticos, y porque allí llegó á ser buen carpintero y constructor de buques, antes de conseguir victorias navales.

Cuando hizo su segundo viaje por el pais de los bátavos en 1716 llegó un domingo á Dantzick, en el momento en que iban á cerrar las puertas de la ciudad, aunque era de día: entró y se dirigió á su posada sin encontrar á nadie. Sorprendido de encontrar las calles desiertas en una población tan numerosa, en cuanto echó pie á tierra habló de ello á su huésped y le preguntó la causa: supo entonces que era la hora de los oficios divinos, que el pueblo estaba en el sermón, y que durante aquel tiempo se cerraban las puertas de la ciudad. No quiso desperdiciar la ocasión de ver cómo se practicaba el culto divino en Dantzick, y suplicó á su patron le condujese al templo. El burgomaestre se encontraba allí con su familia, y, segun todas las apariencias, ya le habian dado noticias de la llegada de Pedro, porque en cuanto el czar se presentó en la iglesia, el magistrado salió á recibirle, y le condujo al banco de los burgomaestres, que está un poco mas elevado que los demas. Pedro tomó asiento, se descubrió la cabeza, hizo sentar á su lado al burgomaestre, y escuchó al predicador con la mayor atención, sin apartar sus ojos de él, mientras que los que allí se hallaban tenían los suyos fijos en el príncipe. Algunos instantes despues sintió que se le enfriaba la cabeza, y sin decir una palabra tomó la peluca del burgomaestre y se la puso. El burgomaestre despeinado, y Pedro el Grande con peluca de ceremonia, continuaron oyendo el sermón sin moverse, y cuando se concluyó, el czar, al restituir lo que habia tomado prestado, dió las gracias al burgomaestre con una inclinación de cabeza. Aquella escena le parecia muy sencilla al monarca ruso, que estaba acostumbrado á ellas; pero fácil es adivinar que sorprendió sobremanera á los habitantes de Dantzick. Concluidos los divinos oficios, el burgomaestre diputó algunos de sus subdelegados para cumplimentar al czar; y uno de los señores moscovitas les dijo que S. M. estaba muy

satisfecho y contento de lo que habia visto; que el incidente de la mudanza de sitio de la peluca del burgomaestre, era una bagatela que no debian extrañar; que el emperador no hacia caso de esas pequeñeces, y que como tenia por cos cabellos, cuantas veces se le enfriaba la cabeza en

a iglesia acostumbraba á tomar la peluca del príncipe Menzikoff, ó la de cualquiera otro señor que se hallaba mas inmediato.

El czar, como es bien sabido, no visitó la Francia hasta despues de haber honrado con sus sabias peregrinaciones las otras cörtes de Europa. En Francia, en Holanda y en todas partes estudiaba el arte de la marina; cuando se hallaba en Tolon se habia de botar al agua por la mañana un navio de linea, que me parecia era el *Caton*. El emperador se trasladó al muelle, y se colocó en un tablado que habian elevado para que pudiese ver mas fácilmente la operacion y todas las maniöbras preparatorias. Avanzaba la hora, aproximábase el momento, y sin embargo, oficiales, soldados, marineros, carpinteros, mugeres y niños, se hallaban mezclados y parecian haber olvidado que se trataba de lanzar un navio al agua. El czar, apoyado uno de sus brazos en la balaustrada, contemplaba en silencio aquel desorden, y presumia que la operacion no se verificaria á la hora indicada, y aun probablemente sospechaba que seria mal ejecutada por unas gentes que se ocupaban de ella tan poco. Sin embargo, dada la señal cesó el tumulto, y cada uno corrió á su puesto; por todas partes reinaba el mayor orden y silencio: se oyó otra señal, el navio fué lanzado y surgió las olas. El czar, lleno de azombro y de admiracion, levantó los brazos, y dejándolos caer en seguida sobre la balaustrada, exclamó con vehemencia: ¡*Qué nación!... ¡Marcha por si sola!*...

El rasgo que vamos á referir, demostrará que obstáculos debió encontrar á cada paso el genio reformador del czar, al tratar de civilizar una nacion tan estensa como la Rusia, y cuyos habitantes estaban acostumbrados, desde su infancia, á actos de violencia y de ferocidad. Antes de Pedro I, y aun en su reinado, los asesinatos eran tan frecuentes en Moscou, que casi todas las mañanas se encontraba algun cadáver en las calles. He aqui de que modo el mismo czar Pedro, pudo sustraerse por dos veces de la furia de aquellos bandidos llamados *rasbonicks*.

Un señor, que se llamaba Kuipereron, cuyo padre fue embajador de Suecia, me ha referido, dice Mr. Bruce, de quien tomamos prestadas estas dos anécdotas, que el czar, siendo jóven, se habia visto atacado por una cuadrilla de foragidos. S. M. solia ir con frecuencia á casa de aquel señor, y una noche que volvia de visitarle acompañado de dos criados, de los que uno marchaba delante á caballo y el otro detrás del trineo, encontró ocho ladrones que trataron de apoderarse de él, sujetando el trineo con un garfio de hierro, cuando el czar, que era jóven, valiente y vigoroso, se abalanzó á uno de los bandidos, y asiéndole por los cabellos, le sacó de su trineo. Sin soltar su presa, la arrastró detrás de sí hasta el palacio del embajador, que no estaba muy distante, y entró allí sudando, con gran sorpresa de todos, y llevando siempre asido de los cabellos al ladrón. Al punto mandó cerrar las puertas para que no saliese ningun criado hasta que él hubiese examinado al bandido; el cual sabiendo que era el czar al que habia atacado, se quedó yerto de temor, y dijo que si él y sus compañeros hubiesen tenido la menor idea de que pudiese ser el príncipe, no se hubieran dirigido á él, y luego pidió que se le ejecutase sin ponerle en el tormento. S. M. consintió en ello, con condición de que descubriese á sus cómplices; pero el ladrón no quiso decir nada sin que le prometiesen el perdón y una recompensa. El czar accedió tambien á su pretension. El bandido, escoltado por un destacamento de soldados, se dirigió inmediatamente al punto de reunion de sus compañeros: en cuanto llegó allí, les mandó abrir la puerta, lo cual hicieron porque conocieron su voz. Los soldados penetraron entonces en la guarida, y no tan solo se apoderaron de siete cómplices, sino tambien de otros trece de la misma gavilla, que no tardaron en ser ejecutados, escepto el denunciador.

Otra vez, el czar fué atacado en el camino de Moscou á Novogorod, sin llevar mas comitiva que cuatro criados. Al salir de Twer le detuvo una cuadrilla de *rasbonicks*: se arrojó de su trineo, corrió hacia ellos con la espada desenvainada en una mano, y en la otra una pistola: gritándoles que era el czar.

—¿Qué queréis? les preguntó.
—Somos, le respondió uno de ellos, unos pobres reducidos á la mas estremada necesidad, y puesto que sois nuestro señor y amo, podeis socorrernos mejor que nadie.
—No tengo aqui dinero, les contestó.

Aun cuando le hubieseis tenido, le volvió á decir otro de los bandidos, no os lo hubiéramos arrebatado: nuestro único objeto era pedirnos una carta-orden para el gobernador de Novogorod por la suma que os dignáseis darnos; y que le suplicasen fuese bastante crecida, para ponernos á cubierto de la miseria. Entonces el czar les preguntó si tendrían bastante con mil rublos, á lo que respondieron que se contentaban con esa cantidad. El emperador al momento firmó una letra contra el gobernador de Novogorod, por la cantidad convenida, que debia ser pagada á la vi-ta. Inmediatamente los bandidos enviaron á uno de los suyos con la letra, el cual volvió sin tardanza con el dinero; y luego obligaron al czar á regresar á Twer, exigiéndole antes promesa de que no practicaria pesquisas ni diligencia alguna con respecto á ellos, ofreciéndole, por su parte, mudar de vida, y ser en adelante buenos y leales subditos. En vez de proseguir su marcha á Novogorod, Pedro I volvió á tomar el camino de Moscou.

Decidido á estirpar para siempre en aquella ciudad las violencia y los robos, el czar, recurrió á un genero de suplicio que en todos los demas pueblos hubiera sido mirado como una violacion de las leyes de la humanidad, pero que satisfizo completamente sus esperanzas. Los criminales eran suspendidos por uno de los costados en un garfio de hierro, y en aquella horrible posicion vivian ocho ó nueve dias. Segun el mismo Mr. Bruce, que lo vió con sus propios ojos, se los colgaba cada día á docenas. Aquellas ejecuciones produjeron tan saludable efecto, que se podia viajar por Rusia, de día y de noche, con tanta seguridad como por cualquiera otra parte del mundo.

Es sabido que Pedro I, cual nuevo Bruto, sacrificó su propio hijo por la salud de su pueblo. Pero si los intereses políticos le obligaron á tratar con rigor á Alexis, ese czar tan temible para los malvados, era el mejor de los hombres para con su familia, cuando debia serlo.

Un pariente del primer ministro de Polonia, estaba encargado de una mision diplomática en la corte de Rusia. Volviendo á Dresde por la Curlandia, se detuvo algun tiempo en una posada-taberna de Mittau, para dar un poco de descanso

á su servidumbre, y allí fué testigo de una ocurrencia singular, en la que por último tuvo tambien que tomar parte. Un pobre cubierto de andrajos, era rechazado de todas las mesas, en las cuales habia un crecido número de personas.

—Vete de ahí, asqueroso, beodo, haragan, impostor, etc.: ve á pedir algunos rublos á tu hermana la emperatriz: ve á rascar la espalda á tu cuñado el czar.

El patron se unia á los demas para insultar á aquel desgraciado.

—¿Ese cuñado del czar?... ¿Ese, mal carpintero sin cepillo? Imposible, señores. ¡Vamos, retirate, maldito lithuanio!... te perdono lo que me debes, pero no vuelvas á parecer por aqui; e iba añadir las obras á las amenazas. Y á todo eso ¿qué respondia el malaventurado personaje. Con toda la altivez que le permitia su vestido cubiertos de harapos, miraba con desprecio y compasion á los que se burlaban de él, y les decia:

—Si, soy el hermano de Catalina, soy el cuñado de Pedro el Grande. En cuando haya hecho el viage á San Petersburgo, tendreis que quitáros el sombrero delante de mí. ¡Ah! ¡si tuviese tan solo la suma necesaria para el viage!... Al oír estas últimas palabras, los bebedores prurrieron en estrepitosas carcajadas, y se prepararon á arrojarle fuera de allí.

El enviado polaco que habia entrado en la taberna hacia diez minutos, gozaba de aquel espectáculo como un verdadero aficionado; pero como se jactaba de ser buen fisonomista, creyó descubrir en el porte y en el semblante de aquel miserable, algunos rasgos de semejanza con la emperatriz, que habia visto muchas veces en San Petersburgo.

—Dad á ese hombre lo que pida, dijo acercándose al patron, comed y bebed, amigo mio, y no tengais cuidado por nada.

El huésped se deshacia en cumplimientos porque estaba seguro de ser pagado por un gran señor: los concurrentes, y los que antes se reian, callaban.

El desconocido comia con la mayor ansia, y repetia con suma frecuencia las libaciones: el enviado del rey Augusto le continuaba examinando en silencio. El pordiosero, cuyo principal fondo de carácter era una escasa vanidad, observó la atencion del diplomático, y como no carecia de talento, se apresuró á dar las gracias al reparador de su estómago.

—¡Bien, muy bien! Se conoce que sois de la corte, monseñor, y que sabeis lo que en ella pasa, mucho mejor que esos bribones que me insultaban hace un momento: y miraba con desden al grupo de bebedores, que continuaban inmóviles y estupefactos.

—Dejad á esos hombres, le dijo el enviado polaco: ¿es cierto, segun afirmas, que sois carpintero?

El pordiosero cubriéndose como mejor pudo con sus harapos, le respondió:

—¡Yo carpintero!... ¡yo, el hermano de la emperatriz y cuñado del emperador! Llevadme con vos, señor, pagadme el viage de San Petersburgo, y no tardareis en saber la verdad de lo que sostengo.

El diplomático sonriéndose con sutileza, le replicó:

—Por ahora me es imposible, amigo mio, porque tengo que cumplir una mision. Permittedme que os diga que el oficio de carpintero no tiene nada de despreciable: el czar *vuestro cuñado*, si por ventura lo es, Pedro Alexiowicz, se hizo voluntariamente carpintero, y es uno de sus mas hermosos titulos para su gloria de reformador.

Los bebedores prurrieron en estrepitosos aplausos: les habia llegado el turno de vengarse.

Por último, el enviado del rey Augusto prosiguió su camino, despues de recomendar al dueño de la taberna cuidase al hermano de la emperatriz, y volvió á sonreirse. El mendigo se quedó, pues, en la posada donde comió y bebió hasta saciarse: por entonces no apetecia otra cosa.

En cuanto llegó á Dresde, el diplomático polaco se apresuró á escribir esa aventura á uno de sus amigos de San Petersburgo. La carta fué á parar por casualidad á manos del czar que dió orden al príncipe Repuin, gobernador de Riga, para que procurase descubrir el hombre de que se hacia mencion en la carta. El príncipe envió una persona de su confianza á la taberna de Mittau: Carlos Scavrouski (tal era el nombre de aquel pobre diablo), se habia arraigado en ella. Era hijo de un noble lithuanio que murió en la guerra de Polonia, dejando huérfanos y en la cuna un niño y una niña, que no recibieron mas educacion que la de la naturaleza. Separado de su hermana casi desde su infancia, Carlos no sabia mas que una cosa, que en 1704 habia sido hecha prisionera en Marienburg, y la creia todavia en el servicio del príncipe Menzikoff, en donde pensaba que habria podido reunir algun dinero.

Con arreglo á las órdenes terminantes de su amo, el príncipe Repuin hizo condujesen á Riga á Scavrouski, bajo pretexto de que le habian acusado de cierto delito. Se formó contra el una especie de proceso, y se le envió á San Petersburgo con buena escolta: durante el canino fué muy bien tratado, lo cual no desagradaba enteramente al carácter del hombre que ya conocemos.

En San Petersburgo le llevaron á casa de Shepleff, mayordomo mayor del czar, lo cual fué mucho mejor para el preso. Instruido del papel que debia desempeñar, Shepleff supo sacar del ilustre y gloton Scavrouski, todas las noticias que deseaba adquirir acerca de su estado: por último, concluyó por decirle que la acusacion intentada contra él en Riga era muy grave, pero que se le haria justicia.

—Presentad, añadió, una peticion á S. M.: se redactará en vuestro nombre si gustais, y procuraremos hacer de manera que vos mismo la entreguéis al czar.

Al día siguiente el príncipe fué á comer en casa de Shepleff, y le presentaron el preso. Le abrumó á fuerza de preguntas, y quedó convencido de que era el hermano de la emperatriz; ambos habian pasado su infancia en Livonia. Todas las respuestas de Carlos á las preguntas del czar, estuvieron conformes con la narracion que su muger le habia hecho de su nacimiento y de sus primeros infortunios.

No dudando ya de la verdad, Pedro propúsose al día siguiente á Catalina fuese á comer con él en casa del susodicho mayordomo. Al concluir la comida envió á llamar al hombre á quien habia interrogado la vispera: presentóse Scavrouski con el mismo traje que habia vestido durante su viage, lo cual contrariaba un poco su aficion al lujo y la ostentacion: pero el prudente monarca no quiso que compareciese bajo otro exterior que aquel á que debia haberle habituado su mala fortuna.

El czar le interrogó de nuevo delante de su esposa.

—Catalina, la dijo, este hombre es tu hermano, sé buena hermana: y tú, Carlos, besa la mano á la emperatriz, y abraza á tu hermana, porque lo es. Catalina se desmayó. Cuando volvió en sí.—Nada hay en eso que no sea muy sencillo, la dijo su ilustre esposo: este noble es mi cuñado: si tiene mérito le haremos algo, y sino le tiene, no le haremos nada.

Nada absolutamente se hizo, y se adivinará con facilidad el por qué: pero prosigamos.

Largo tiempo permaneció Carlos en casa del mayordomo, y eso fué lo que le perdió á los ojos del mas activo y vigilante de los hombres. Pedro hizo mal sin duda en aguardar tanto, pero era tan buen marido, que temia encontrar algun grave defecto en los parientes de su bondadosa Catalina, la heroína del Pruth, y la confidenta de sus penas.

Carlos abusó ampliamente de la indulgente bondad de su hermano político: bebia y comia sin medida, y parecia mirar la vida humana como una posada perpétua en donde se pasa mas ó menos bien. Hacia largo tiempo que habia olvidado sus herramientas de carpinteria, y jamás abandonaba la mesa para dedicarse á ningun trabajo, á pesar de las continuas exhortaciones de su hermana, que le referia, aunque inútilmente, las inmensas obras del czar, y los prodigios ejecutados por su carácter infatigable.

Durante largo tiempo, aquella buena hermana impidió á su marido, bajo mil pretextos, examinar *si se podia hacer alguna cosa de Carlos*; y Pedro I respetaba en cierto modo la sangre de su muger. Mas al fin, impelido por la curiosidad y sin que lo supiese Catalina, se dirigió á casa de Shepleff y encontró á su cuñado sentado á la mesa, sumido en la profunda investigacion del contenido de una empanada, que regaba con media docena de botellas de vino de Francia.

—¡Perfectamente!... buen mozo, le dijo dándole un golpecito en el hombro: nada mas justo que el beber cuando se ha trabajado bien. No dudo que así lo haces todos los dias, pues tu hermana me lo repite con frecuencia; pues bien, bebamos juntos; y Pedro tomó una botella, la única que no estaba vacia.

En aquel momento llegó Catalina azorada: preveia el descubrimiento que su marido haria pronto ó tarde de la única especie de *mérito* que poseia su desgraciado hermano: padecia un tormento cruel.

—¡Ah! ¿eres tú, Catalina?... bien venida seas. Puesto que tantas veces me has encomiado la industria del carpintero Carlos, enseñame una de sus obras maestras.

Catalina bajó los ojos y buscó nuevos pretextos para diferir hasta otro día el terrible exámen. Pero Scavrouski, turbado ya por el licor báquico, se perdió enteramente con estas ridículas palabras:

—¡Qué! ¿Trabajar yo, noble czar!... (*Catalina le hacia in fructuosamente señas para que contuviese su lengua*). ¡Trabajar yo, desde que tengo el honor de ser vuestro cuñado!... ¡Oh! no, eso seria degradarme!

—Todos trabajan en mi imperio, señor noble lithuanio: todos ejercen un oficio alto ó bajo: yo comienzo por el alto. El príncipe Menzikoff, Catalina y yo, somos las tres primeras personas de este imperio. Pues bien, Menzikoff es mi mejor arquero: Catalina mi mas útil vivandera en mis lejanas campañas, y mi libertadora del Pruth. ¿Por qué te ruborizas, Catalina? No hago mas que rendir homenaje á la verdad. Y volviéndose luego hacia Scavrouski: y yo, caballero, soy el carpintero Peterbas, me vanaglorio de ello, y no creo degradarme por eso. Carlos, vos no sois mas que un noble, y yo tengo millares de príncipes en mi imperio, y todos ellos trabajan; pero lo peor es, y ahora estoy cerciorado de ello, aunque por largo tiempo han procurado ocultármelo (*Catalina volvió á bajar los ojos*), que vos, mi querido cuñado, sois un mal carpintero. A pesar de vuestros blasones de Lithuania sois menos para mí que el mas oscuro de mis palafreneros, porque me es mas útil que vos.

Diciendo esto, el czar se retiró encolerizado.

—Bebedor, paso, murmuraba entre dientes: ¡pero haragan y mal carpintero! ¿Qué vergüenza para Peterbas!... Tu hermano no es mas que noble, pobre Catalina mia, y ese es un mérito muy triste... no haremos nada de él.

Sin embargo, á instancias de Catalina le hizo conde del imperio, y le casó con una jóven de clase elevada, pero jamás volvió á verle.

Ahora vamos á referir otra anécdota, tal vez demasiado vulgar, rueril, pero que prueba que para Pedro habia llegado á ser una necesidad el aprender cada día algo nuevo, con tal que de ello pudiese sacar alguna utilidad: el pasaje siguiente nos lo demuestra claramente.

Mientras ejercia en Saardam el oficio de carpintero bajo el mas rigoroso incógnito, cierto inglés, desterrado de la Gran Bretaña por sus hazañas, se habia refugiado al astillero en donde trabajaba Peterbas. Aquel desgraciado, llamado Wilson, obrero haragan y camorrista, incomodaba sin cesar al czar: éste que no era muy sufrido le hizo experimentar mas de una vez el vigor de sus puños. Wilson ignoraba que tuviese que habérselas con el emperador de Rusia. Un día que acababa de recibir de él una correccion mas fuerte que las de costumbre, se cansó de ser golpeado y provocó á su corrector. Pedro acudió con presteza, se recogió las mangas de la camisa, se quitó su mandil y se preparó á aporrear de nuevo al incorregible obrero: pero no sabia reñir á puñadas, y el hijo de Albion tendió bien pronto en el suelo, y cuan largo era, al czar de todas las Rusias. Muchos obreros, que no ignoraban el secreto de Peterbas, presenciaron aquel extraño desafío.

—Desgraciado, ¿qué has hecho?... gritaban al vencedor: acabas de herir y derribar á Pedro!... ¡sálvate!

El vencido, levantándose con tranquilidad:

—Aprenderé á reñir á puñadas, dijo flemáticamente, sin manifestar la menor cólera por su caída.

Despues encontró por casualidad al mismo Wilson en uno de sus viages á Inglaterra, y se compadeció de la miseria de aquel infeliz. Wilson se escondia y no se atrevia á arrostrar la mirada del príncipe, á quien en otro tiempo abatiera con su brazo. Pedro le reconoció y al punto se acercó á él.

—Eh, amigo mio, le dijo, ¿por qué no te pusiste á dar lecciones de andar á puñadas?... mas valia eso que ser mal carpintero.

Le mandó dar algunos socorros, y tuvo cuidado de concederle una pension secreta. *Es preciso*, añadió sonriéndose, pagar tributo á los vencedores.

(Se concluirá.)

Variedades.

CAMINOS DE HIERRO.—Un periódico inglés publica una estadística curiosísima acerca de los caminos de hierro y de los accidentes ocurridos en ellos desde 1840 á 1852, leída por M. Nelson en la Academia de Ciencias de Londres.

Desde 1840 á 1852, el número de viajeros ha llegado á 478.448.607, de los cuales han perecido desgraciadamente 257, y han sido heridos 1.416, lo que arroja una proporción de un muerto por 2.018.299 viajeros, y un herido por cada 557.916.

De 40.480 ingenieros, maquinistas, fogoneros y operarios, han perecido 275 y han sido heridos 274; proporción de un muerto por cada 477 individuos y un herido por cada 448.

Desde 1844 á 1851, el número de millas recorridas por los viajeros ha sido de 517.044.469.484, y han perecido 476 personas, lo cual da una proporción de una muerte desgraciada por cada espacio de 40.025.595 millas recorridas. Suponiendo un viajero que fuera constantemente por un camino de hierro con una velocidad de 20 millas por hora, contando las estaciones, recorrerá 475.200 millas por año, y podrá viajar 228 años sin accidentes, según las proporciones antes indicadas.

De los números ya espuestos han perecido 5 personas y han sido heridas 7 por echarse fuera de los carruajes antes de parar completamente los trenes.

En los caminos de hierro de Alemania en 1848, 1849 y 1850, la longitud de las líneas era de 8.480 millas inglesas: el número de viajeros de 51.715.287. El número de millas recorridas ha sido de 4.455.456.890. Un solo viajero ha perecido y otro sido herido, y de los maquinistas, fogoneros, etc., han perecido 34 y han sido heridos 88.

M. Nelson ha querido demostrar con ese trabajo estadístico cuán exagerados eran los temores de accidentes en los caminos de hierro, y lo ha conseguido satisfactoriamente. Así es que según sus cálculos, solo ocurre la desgracia de una persona por cada dos millones y medio de viajeros, es decir, un solo accidente en toda la población de Londres que viajase al mismo tiempo.

DOMESTICIDAD DEL PESCAO.—He aquí un fenómeno para enriquecer la historia natural. En Logan existe una roca avanzada al mar con un hueco ó cueva accesible, en donde entran las olas y forman un pequeño estanque: allí habita una vieja, que se ocupa familiarmente con los pescados, cuya voz les llama la atención y los hace amontonar en el lado que ella desea. No bien es oída la voz de aquella muger, cuando multitud de pescados sacan la cabeza y parecen poner atención. Esta docilidad llega al extremo de no huir á la mano de ella, que los agarra y saca del estanque aparentemente con gran satisfacción del animal. Tan desconocida domesticidad ha chocado estremadamente, y varios periódicos extranjeros hacen relatos de las costumbres que se observan entre esta familia de peces gobernada por la referida muger.

Bibliografía.

HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL Y DE LOS PARTIDOS LIBERAL Y CARLISTA, POR DON ANTONIO PIRALA.

Publicándose está, como saben los lectores de *El Universo*, una obra, cuyo título dice de suyo la importancia de su objeto. La historia de la guerra civil y de los partidos liberal y carlista, era tan difícil como necesaria, y don Antonio Pirala, que así comprendía uno y otro, va venciendo felizmente la dificultad que ofrecía la ejecución del pensamiento, y llenando la necesidad que sentía el país de una publicación de esta naturaleza. Verdad que no se ha lanzado á esta empresa de repente, que midiendo, desde que concibió este propósito, toda su magnitud, quiso prepararse antes y ejercitar sus fuerzas. Escribiendo aquí y allá sobre varios é interesantes períodos de la guerra civil, acerca de sus mas importantes sucesos, ha podido, ejercitándose algunos años en historias parciales de esa lucha formidable, familiarizarse con ella, y adquirir á fuerza de estudio un caudal de conocimientos, sin los que nadie podría arrojarle á esta tarea, vivos como están casi todos los actores de tamaño y tan sangriento drama. Porque no es la erudición ni el buen gusto literario la principal condición del historiador: lo es la ciencia de los hechos, aparte de la filosofía, para hacer algo mas que referirlos. Mas si el escritor de la historia espresada se hubiese limitado á ensayar sus fuerzas en este género, y al examen de todo lo escrito y publicado en España y en el extranjero, en el asunto, vendría solo á recopilar lo que sucesivamente fué sabiendo el país. No por esto dejaría de ser apreciado un trabajo de esta naturaleza, y de llenar un vacío que se haría sentir en breve; pero si careciendo de antecedentes ignorados de la generalidad, no le fuere posible aclarar acontecimientos graves, ni explicar otros, cubiertos hasta el presente con el velo del misterio por ignorar sus causas, no tendría su obra el aprecio que ha querido dárle, y que sin duda se merece. Poseedor desde un principio de muchos y preciosísimos documentos, empeñóse en aumentar su tesoro, y no perdonando medio ni fatiga, ha llegado á reunir una colección de originales envidiable (1). Fuerte con ellos, pudiendo apoyar en los mismos sus aserciones, y presentar los móviles de los sucesos de mayor influencia en el origen, sostenimiento y fin de tan funesta contienda, no ha sido una temeridad hacerse su historiador, mayormente habiendo sido ageno á ella por sus pocos años, y sin haber recibido de la misma ningún daño. Sin aspirar al renombre de los Tácitos, abre el señor Pirala una senda que desea cultiven otras plumas, aprovechándose de sus materiales.

En prensa el tomo 2.º, puede ya juzgarse el 1.º, que partiendo de la regencia de Urgel, origen del carlismo en 1821, concluye con el año 1854. Prescindiendo del discurso preli-

minar, bosquejo de la obra, preséntanse en ella los acontecimientos que tuvieron lugar en dicho período, y directa ó indirectamente, pertenecen á la causa de don Carlos, con la hilación que nunca se creyeron, con la claridad que siempre les faltó, con los justificantes que fijan sus causas. Detallados suficientemente, no es por esto pesada su narración, como lo prueba la multitud de sucesos grandes que ocurrieron en esos trece años, todos consignados en el tomo 1.º, y porción de documentos, muchos de ellos inéditos. La regencia de Urgel, poder soberano que preparó el congreso de Verona, y la intervención francesa, el congreso é intervención indicados, la reacción de 1825, el origen del bando apostólico, su primer manifestación en el alzamiento de Bessieres, el levantamiento de Cataluña, el casamiento del rey, la pragmática-sanción, las tentativas de los emigrados, los planes carlistas, el cambio de política, el partido cristino, la espulsion de don Carlos, el nacimiento y jura de la princesa, el testamento y defunción del rey, el manifiesto del 4 de octubre, el de don Carlos, las insurrecciones en su favor, las relaciones internacionales, la guerra en todas partes, la fuga y presentación de don Carlos en las provincias, la creación de la milicia urbana, el Estatuto real, la cuádruple alianza, la escision entre los liberales, las cortes, los innumerables encuentros que tuvieron lugar, así en el Norte como en Oriente y Poniente de España y en el centro, todos estos hechos culminantes están descritos, y los demas de segundo orden, con la imparcialidad que prometiera su narrador, y con el interés que despierta el conocimiento de sus causas, curiosas en extremo. Entre otras, la cuestión foral del país vasco, está tratada con una profundidad que revela el concienzudo estudio que ha hecho en el particular don Antonio Pirala.

Con propósito de presentar en prueba de nuestras indicaciones alguna muestra de la obra, nos vemos tan embarazados en la elección, que no sabemos que artículo copiar. Eliamos cualquiera al acaso, la entrevista del obispo de Vich con el conde de España.

Después de referir la entrada de éste en la ciudad, tocando las cajas las Habas verdes, en desprecio de sus rebeldes habitantes, alojóse, dice el señor Pirala, el capitán general, y estando en un gabinete con uno de sus ayudantes, le anunciaron la visita del ilustrísimo señor obispo. (Ya le habia ofrecido éste alojamiento y mesa, que habia desdenado contestando que los capitanes generales del rey no hacían á nadie la primer visita, y que con lo que S. M. le daba, tenía bastante para mantenerse, echando mano en otro caso de lo que tuviesen sus ayudantes). Que saliesen á recibirle previno el conde, y que quedase abierta la mampara del gabinete después que entrase su ilustrísima.

«Quisieramos el pincel de Apeles para retratar fielmente la interesante escena que solo vamos á describir, con exactitud sí, pero sin poder dar á los personajes que fueron sus actores el colorido de su situación, ni pintar en el semblante de los espectadores la ansiedad en que les tenía el presentimiento de lo que podría hacer el conde de España, ya se dejase llevar de la violencia de su carácter, ó ya, valiéndose de su astucia, preparase al obispo una ridícula humillación que ocasionase un ruidoso rompimiento.

«Entró, pues, el obispo acompañado de un crecido número de eclesiásticos que se quedaron á la izquierda de la mampara, estando á la derecha el general Carratalá, otros gefes, los ayudantes de campo del general y varios oficiales.

«Saludáronse cortesmente ambas autoridades, y entablaron una conversacion, cuyas primeras palabras no pudieron entenderse bien: mas como dijese el obispo en voz sonora que no habia podido evitar los males que habian tenido lugar, le repuso el conde, que mucho era lo que podia haber hecho, habiéndose celebrado en su palacio y bajo sus auspicios las juntas, y habiéndose nombrado á un individuo de su clero para vice-presidente de la de Manresa, donde se habian atacado los derechos del rey católico de España, delante de cuya legitima autoridad los grandes y los pequeños, todos debian estar de rodillas, pues si bien aprobaba su Santidad las mitras, era á propuesta de S. M. C., y recuerda V. S. I. lo que sucedió en el siglo XVI con el obispo de Zamora?... Pues aquella escena puede repetirse ahora, si el rey católico lo manda (1).

«Aterrado el obispo, le contestó que no habia podido contentar á todos; el conde le replicó con energia: pues V. S. I. ha debido hacer lo que manda San Pablo: sacudirse las sandalias y marcharse del parage donde estaban los rebeldes á donde se hallaban los leales. V. S. I. ha faltado al rey como vasallo, como autoridad y como prelado de la Iglesia; lo primero porque se ha mantenido entre sus enemigos; lo segundo porque no ha trabajado con la influencia de su destino para que se contuvieran los males que se han seguido á los pueblos, y lo tercero, porque no ha predicado la obediencia al César, y dirigido la opinion y las conciencias en pro de la paz, evitando el derramamiento de la sangre que ya ha corrido.

«Sin saber qué decir el obispo, despidióse, y salió atravesando aquella fila apiñada de espectadores, recogidos en el mas profundo silencio. El temor de lo que podia suceder se veia retratado en los semblantes.

«Acompañóle el capitán general hasta el pie de la escalera, y al separarse le besó la mano.

«Acto continuo redactó el parte al ministro de la Guerra, refiriendo lo ocurrido, y le terminó con estas palabras: Sirvase V. E. decir á S. M. que he hecho esto como su capitán general, del Principado, y presidente de su real audiencia; y que, como católico, he acompañado á S. I. hasta la puerta, y he besado su mano, no habiendo reparado si me ha echado su santa bendición.»

Interesante todo el contenido del tomo 1.º, tomaremos algunos párrafos del discurso preliminar, conciso y elegante resumen de la obra, y testimonio irrefragable de la imparcialidad de su autor, en medio de sus ideas liberales. «Vamos á seguir, dice, á don Carlos desde su salida á Portugal hasta su abdicación. No le abandonaremos en Almeida, en la Guarda, en Evora, á bordo del Donnegal, en Inglaterra, y en medio de sus entusiastas defensores en las Provincias Vascongadas. Penetraremos en los importantes secretos que motivaron la llamada expedición real, que contempló du-

(1) El obispo Acaña, comuero, ahorcado de un balcón de la fortaleza de Simancas.

rante veinte y cuatro horas el régio alcázar de Isabel, y se comprenderán entonces profundos misterios, de tantas desgracias autores. Don Carlos era siempre la personificación de la causa; prestábase á su religiosa obediencia, pero no era comunmente su voluntad la que prevalecía.

«Al lado de don Carlos, que es el héroe desgraciado de esta epopeya, sobresale Zumalacárregui, el genio carlista, el vencedor en las Amezcuas, el autor del gran plan de las líneas, el que tuvo la gloria de ser muerto por el plomo enemigo. Al lado de Zumalacárregui está Cabrera, el Viriato de nuestros días. En aquel habia genio, en este heroísmo: Zumalacárregui media con ojo acertado las probabilidades de triunfo, Cabrera no contaba los enemigos; el caudillo de Ormaiztegui confiaba en la inteligencia de sus disposiciones, el de Tortosa en su arrojo y valentía. No le negamos por esto talento; no habria adquirido sin él la celebridad que disfrutó, pero no era su cualidad predominante. Hijo de la fortuna, á ella, y á su valor, y á su constancia, y á su lealtad, debe su gloria. Ya le veremos de soldado en Morella arrojar al suelo por temor á las balas, y levantarse sonrojado, empuñar un fusil, y conquistar bizarramente el primer ascenso en la milicia. Le admiraremos en sus triunfos gloriosos, y reprobaremos sus horribles excesos. Le contemplaremos combatiendo con el inteligente Oráa en Morella, y con O'Donnell en la Genua; y haremos el paralelo del anciano general facultativo con el joven caudillo, que solo habia estudiado un poco de teología. Verémosle proseguir constante su plan de circuncular á la corte de Isabel, avanzando hasta Cañete y Beteta sus líneas fortificadas; y le seguiremos á su paso del Ebro para unirse con las fuerzas del conde de España, viéndole pelear en Berge, y derramar dolorosas lágrimas al pisar el territorio francés.

«A Zumalacárregui sucede interinamente don Francisco Benito Eraso, que apenas tiene tiempo para reconocer su gente, y la entrega á pocos días á Moreno, de triste memoria, que indemniza en Huesca y Villar de los Navarros la pérdida de Mendigorria, y que ha hecho cuestionable la gloria ó la responsabilidad que le cabe en una y otra jornada.

«Eguía, Villareal, don Sebastian, Uranga, Guergué, Maroto, dirigen mas ó menos tiempo el ejército carlista del Norte: todos dejan recuerdos gloriosos ó infortunados, y todos dejan brillantes páginas en su vida militar.

«Eguía tiene su historia militar y política; y desde su presentación en Estella hasta que cesó en el decanato del Consejo supremo de la guerra, prestó servicios y cometió faltas, siquiera sean estas disculpables.

«Villareal sucede á Eguía en el mando. Sus hechos no son todavía conocidos, y se le han atribuido culpas que no ha cometido. No sabia ser cortesano, pero era militar.

«Sucedele don Sebastian, que se propone triunfar ó morir, desmintiendo á sus inmediatos antecesores; presenta la batalla en Oriamendi contra el parecer de Moreno, gefe de E. M., y triunfa con nueve batallones contra los ejércitos aliados de Espartero, Sarsfield y Lacy Evans; acompaña luego á don Carlos en la expedición, y es á su vuelta encausado.

«Queda Uranga en tanto al frente de las Provincias, y triunfa en Andoain con pocas fuerzas, cuando el grueso del ejército carlista estaba sobre Madrid.

«Guergué presenta mas hechos á la historia en Cataluña que en el país vascongado; y Maroto, uno de los personajes difíciles de nuestra obra, es la personificación de un nuevo partido, titulado marotista.

«Los fusilamientos de Estella, las revistas de Elgueta y Descarga, el convenio de Vergara, y otros y otros acontecimientos no menos colosales, mas ruidosos que conocidos, son inseparables de Maroto. Nada prejuzgamos acerca de este personaje: es harto grave cuanto le concierne para que baste solo una ligera idea. Infalibles documentos pondrán el sello de la verdad á nuestras palabras.»

Continúa el autor reseñando los principales personajes carlistas; después de haber reseñado la causa.

Por los fragmentos copiados ha podido formarse juicio de mérito de la obra, realizada con buenos retratos, y croquis de las mas célebres batallas para su mejor inteligencia, á pesar de lo cual, y de su impresion esmerada, esta, por su baratura, al alcance de todos.

Maravillas del arte y de la industria.

XIII.

LAS HABITACIONES.

Las primeras habitaciones que los hombres se han procurado en todos los países, han sido las cavernas que hallaban en las montañas, ó las cuevas que la misma naturaleza les ofrecía para buscar en las entrañas de la tierra un abrigo contra la intemperie de las estaciones, y sobre todo, los dos grandes extremos del frío y del calor. Grande es la distancia que hay desde estas toscas y naturales primeras viviendas del hombre, hasta el lujo y comodidad de las habitaciones modernas, y sin embargo, aunque sea ligeramente, la hemos de recorrer en este artículo.

Como la madera es mas fácil de trabajar que la piedra, y como tambien se hallaba mas á la mano en las primeras edades del mundo, las primeras moradas que el hombre se construyó sobre la superficie de la tierra, fueron de madera, y la misma arquitectura clásica, la bellísima arquitectura griega, está revelando todavía este origen, puesto que las columnas no son otra cosa que los primitivos troncos de árboles que sostenían las techumbres, los arquiteabos representan las vigas trasversales que apoyaban sobre los troncos, y los modillones recuerdan las cabezas de las vigas que formaban los techos. Luego que en las construcciones empezaron á usarse la piedra y otros materiales del reino mineral, los edificios fueron adquiriendo importancia en estension y solidez, y así lo demuestran incontestablemente célebres ruinas halladas no solo en la Grecia, sino en Italia y varios puntos del Asia; pero téngase presente, que la mejora solo se extendía á los templos, á los palacios y á los edificios públicos, porque en cuanto á las habitaciones de particulares, permanecieron casi en su estado primitivo. Estas habitaciones eran generalmente bajas, desabrigadas, poco espaciosas y distribuidas en

mezquinos aposentos, y aunque las habitaciones de los griegos y los romanos merecen alguna distinción, siquiera por el modo que tenían de embellecerlas, puesto que ya usaban los metales, los esmaltes, las pinturas y los mosaicos, con todo, distaban mucho de ser tan cómodas y tan bien arregladas como las nuestras. Solo la falta del cristal para preservar, sin perjuicio de la luz, el interior de las habitaciones del frío y del aire, hace conocer lo que dejarían que desear sobre este particular las moradas de los antiguos, y que serían harto oscuras, puesto que las ventanas habían de ser por precisión escasas y estrechas, sin que por esto se evitase la frialdad, por ser desconocido el uso de las chimeneas é ignorarse los medios de distribuir el calor por todas las piezas de la casa.

Tampoco hubo que esperar mucha mejora en las habitaciones, cuando los pueblos bárbaros hicieron irrupción en las vastas provincias del imperio romano, es decir, en el mundo civilizado. En esta época hasta se aniquilaron buenos monumentos de absoluta necesidad, y los edificios que no tenían carácter público cayeron en un completo abandono. Solo se construían con solidez y cierta regularidad las gruesas murallas que rodeaban las ciudades, y aun esto era un mal, porque este cinturón de piedra las oprimía de tal modo, atendido el aumento de la población, que las habitaciones tenían forzosamente que ser muy circunscritas é incómodas, y las calles estrechas, húmedas y oscuras, dejando apenas el paso preciso para los transeúntes. Todavía se hallan en las antiguas ciudades vestigios de este defecto, que revela tanta impericia como abandono, pues se hallan infringidas las reglas más sencillas del arte de edificar. Las habitaciones de los grandes señores ó los castillos fuertes de la edad media, por imponente que fuese su aspecto exterior, no por eso eran ni más sanos, ni más cómodos que las habitaciones de los particulares: la distribución interior parecía obra de la casualidad; las salas no guardaban orden entre sí, y había tal falta de gusto y de comodidad, que muchas de estas viviendas eran casi inhabitables.

Hasta la época del emperador Carlos V no empezó la verdadera reforma para edificar con orden, gusto y comodidad, las viviendas de las clases medias, que mezquinas é insalubres, hacían maravilloso contraste al pie de las altas, suntuosas y admirables catedrales del género gótico. Desde entonces la mejora se ha ido aumentando de día en día, y la elegancia y la comodidad presidían en la distribución de las habitaciones interiores, sobreviniendo bien pronto el lujo, y haciendo que las bellas artes concurriesen á porfía á la decoración y el ornato interior. En tiempo de Luis XV y de Luis XVI, hasta llegó á haber exceso en este rico y fastuoso adorno del interior y del mueblaje, harto sobrecargado con riquísimos objetos de arte, con telas de la Turquía y de la Persia, y con porcelanas de la China y del Japon. Vino luego la imitación de la antigüedad griega y romana, buscando en las escavaciones de Herculano y de Pompeya modelos de ornamentación; pero prescindiendo de todo este lujo y atendiendo solamente á la distribución interior, pronto se echa de ver que en tan lujosas y espléndidas viviendas no hay, sin embargo, la mayor comodidad, y sobre todo, que poco se diferencian unas de otras, existiendo la mayor monotonía así en el conjunto como en los detalles; pero de todos modos, un sentimiento más artístico ha ido presidiendo desde los principios

de este siglo á las casas de particulares, que se construyen tanto en las ciudades como en sus lindas inmediaciones, y sobre todo se ha impuesto á cada habitación el sello del gusto individual de su propietario. Los grandes señores han reparado los desastres de sus antiguas y aristocráticas moradas, y las han acomodado al gusto moderno, mientras que los aristócratas de dinero es en la construcción de sus moradas donde han cifrado todo su empeño, procurando no solo el lujo y la variedad en las formas, sino cómoda distribución y buenos puntos de vista en el interior.

El grabado que acompaña á este artículo representa una de esas elegantes habitaciones parisienses, en las que mediante una nueva distribución interior, se ensaya una refor-

por una parte se halla terminada por una inmensa ventana en forma ogival, y por la otra por una escalera calada y en espiral, que conduce á los aposentos superiores. En este salón son notables los cuadros originales y las copias de los primeros artistas como Rafael, el Ticiano y el Guido, siendo no menos notables los ricos marcos dorados y esculpidos que los contienen. Al lado de algun almirante veneciano pintado por el Tintoretto, y con el marco verdadera maravilla de escultura, que representa una ciudad tomada por asalto, se halla una estatuita de Canova, de aquellas que parecen salidas de su cincel en un día de melancolía. Hay en este salón pinturas al fresco de grande estension, y copias de Rafael, Velazquez, Rembrandt, etc., hechas con valentía y en cuadros hasta de doce

pies, estension que supera á la reducida que suelen fijarse los aficionados. Solo están dorados los marcos de estos cuadros, pues todo lo demás, inclusa la bóveda y compartimientos, es de madera de encina.

Al subir la escalera se halla á la derecha una puerta, sostenida por dos magníficas columnas salomónicas de madera tallada, pintada y dorada, que da paso al primer salón, todo entapizado de damasco verde. A la entrada de este salón y sobre la antecámara, hay una pequeña galería que es el estudio del artista dueño de aquella morada. Allí se hallan, en aquel pintoresco desorden que caracteriza las retiradas viviendas de los artistas, libros, pinceles, colores, trajes y objetos de arte de todas clases, diseminados por las mesas, los estantes, los divanes y banquetas. En el salón verde hay una cornisa ricamente esculpida, y un friso veneciano de madera tallada, que sirve de marco á retratos de los dux de Venecia. Hay en este palacio muebles históricos, de cuya autenticidad no puede quedar duda, y uno de ellos es el piano que perteneció á la reina Cristina de Suecia, que es una verdadera maravilla de la escultura florentina de la época de dicha princesa.

A la estremidad opuesta de este salón, hay una alcoba entapizada de color de naranja, en cuyo fondo se abre un oratorio en que se ostenta un admirable crucifijo de Alghardi, artista del siglo XVI. El gabinete particular de la dueña de la casa, todo entapizado de raso de Indias, de ese suave color entre naranja y carmin, es una deliciosa morada en que los espejos, los muebles y los objetos de toda clase, contribuyen á la armonía, al pensamiento único que se descubre en toda la decoración de este notable edificio, en el que así como en otros, se plantea decididamente la reforma y la novedad en la arquitectura interior, remediando una necesidad tan indicada como es la de hacer las habitaciones privadas más

pintorescas, mas variadas y mas misteriosas, quitando la uniformidad y la monotonía á esas vastas salas, puestas en hilera, que solo difieren entre si por el color de la pintura.

Aquí en Madrid tambien se han mejorado mucho las habitaciones privadas, y se han dispuesto algunas tan pintorescas como elegantes en las casas-palacios últimamente construidas, pero nada que revele esa revolucion en la arquitectura interior. Ya es preciso que no sean la riqueza y el lujo excesivo los que constituyan el mérito principal de una vivienda, sino la buena y cómoda distribución interior, la perfecta armonía del conjunto y el gusto y la variedad de los detalles.

F. F. VILLABRILLE.



Habitaciones modernas.

ma esencial, pues ya no bastan el lujo y la riqueza, y son indispensables la novedad y la sorpresa en las perspectivas de interior. La suntuosa y pintoresca morada de la baronesa de M... que entre los aristócratas, pero uniformes salones de los barrios parisienses de San Honorato y San German, se distingue por la variedad, buen gusto, y sobre todo novedad del pensamiento y primor de la ejecución, puede ser citada como un modelo de artística sencillez, en la que todo está combinado para producir un efecto imprevisto, pero bien calculado por la imaginación poética que ha dirigido tan espléndido local.

La primera pieza en que se penetra es un vestíbulo prolongado que precede á la gran galería del piso bajo, la que

Las parábolas.

La palabra *parábola*, que es de origen griego, significa según su etimología una cierta aproximación ó confrontación, porque toda comparación, aun en el sentido figurado propio de las parábolas, exige cierta conformidad y analogía. Es por lo tanto la parábola una lección saludable, una enseñanza útil, dada bajo la forma de una comparación ó de un emblema. Los profetas en el Antiguo Testamento ya se valen de las parábolas para comunicar las instrucciones á los pueblos y dirigir significativas amenazas á los reyes y poderosos de la tierra; como se ve en la parábola de la oveja, que con la energía de un hombre inspirado por el espíritu divino, el profeta Nathan refirió á David; pero el Nuevo Testamento es el que principalmente abunda en parábolas y en ellas se dignó repetidas veces comunicar á los hombres su santa doctrina el Divino Redentor del universo. Ya sea bajo la bóveda de los templos y sinagogas, ya sea bajo la bóveda de los cielos en una vasta campiña, ya sea, en fin, á orillas del mar proceloso, siempre Jesús hablaba familiarmente á las turbas que ansiosas le seguían ó se valía de las imágenes y comparaciones que prestan las parábolas, para ser mejor comprendido por la ignorante multitud. Ya es el grano y la cizaña, ya es el árbol verde y el árbol seco, ya los operarios de la viña, ya las vírgenes prudentes, ya la oveja y el buen pastor ó la provechosa historia del hijo pródigo. Tal vez no haya un misterio, un dogma de la religión, que no esté simbolizado en las parábolas, en las que también están indicadas las gracias que al género humano había de proporcionar la pasión y muerte de Jesucristo.

El grabado que acompaña á este artículo representa una de esas admirables escenas descritas en las parábolas. Hallándose el Salvador dirigiendo sus santas instrucciones á sus discípulos, se acercó uno de los letrados del pueblo judío y con ánimo capcioso, le preguntó:

—Maestro, ¿qué he de hacer y poseeré la vida eterna?

Jesús, que penetraba la idea del que así le hablaba, le contestó.

—¿Qué es lo que hay escrito en la ley? ¿De qué manera la lees?

—Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente y á tu prójimo como á ti mismo.

—Bien has respondido: haz eso y vivirás.

Pero el letrado que deseaba justificarse á sí mismo, volvió á insistir, preguntando á Jesús.

—¿Y quién es mi prójimo?

Entonces el divino maestro refirió la parábola del Samaritano, que es la que espresa el grabado y cuyo sentido es el siguiente:

Bajaba cierto hombre desde la ciudad de Jerusalén á la de Jericó, cuando cayó en manos de unos ladrones que después de haberle despojado de cuanto llevaba, le hirieron malamente y se marcharon dejándole casi muerto, tendido en medio del camino. Sucedió que un sacerdote bajaba por el mismo camino, pero al ver al herido en tan lamentable estado pasó sin detenerse. En pos del sacerdote, llegó también un levita que á vista de aquel triste espectáculo, también pasó de largo.

Cierto samaritano venía también por aquel mismo camino, y llegando al sitio donde yacía el triste moribundo, sintió al verle que sus entrañas se movían á misericordia y apeándose de su cabalgadura, se acercó al herido con ánimo de proporcionarle algún alivio y le vendó cuidadosamente las heridas después de haber infundido en ellas aceite y vino y sin que el paciente pudiese articular una sola palabra de gratitud, pues aun dudaba si tenía delante de sí á un semejante suyo ó á un ser enviado del cielo para remedio de su mal. No contento con esto el buen samaritano, colocó con mucho trabajo al herido sobre su caballería y caminando á pie á su lado para sostenerle, llegó después de una penosa marcha á la posada, en la que le prodigó los mas afectuosos cuidados

para volverle la vida y la salud. Al día siguiente llamó al dueño de la posada y presentándole dos denarios, le dijo: Cuida de este hombre y si acaso tuvieres para ello que gastar algo mas delo que te entrego, yo á mi vuelta te lo pagaré.

Para comprender todo el mérito de esta acción, hay que tener presente que entre los samaritanos y los otros judíos reinaba una aversión instintiva. Los dos pueblos aunque de un mismo origen, habían estado siempre en guerra y evitaban cuidadosamente todo comercio entre sí, no pudiendo vencer la repugnancia que mutuamente se inspiraban.

Después que Jesús explicó la parábola, preguntó al letrado judío.

—¿Cuál de estos tres te parece que fué el verdadero prójimo de aquel que cayó en poder de los ladrones?

—Solo él que tuvo compasión de él.

—Anda, le dijo Jesús; y ejecuta tú siempre lo mismo.

sus actos. Por eso en la parábola del samaritano, según su literal sentido, se colige quien es ese prójimo á quien con verdadero sentimiento de caridad debemos amar como á nosotros mismos. Al hombre infeliz, despojado y maltratado por los ladrones en el camino de Jerusalén, ni le vienen á socorrer el sacerdote, ni el levita, ni los que por razón de parentesco, de paisanaje ó de conocimiento pudieran hacerlo, sino que le viene á socorrer un samaritano, desprovisto de todo trato y comunicación con los judíos; pero no desprovisto de los sentimientos de una verdadera caridad.

Pero no es solo el ejercicio de esta virtud sublime el que se enseña en esta parábola, que según los espositores encierra otro sentido místico y elevado. El hombre que bajaba desde Jerusalén á Jericó simboliza y representa á todo el género humano, que despojado, herido y medio muerto por el pecado, es socorrido eficazmente por el Redentor del género humano

que con la institución de los sacramentos, proporcionó admirables y eficaces medicinas espirituales para curar las malignas heridas del pecado. Estos remedios espirituales que el Salvador, simbolizado en el buen samaritano, aplica con inefable amor á los hombres, son los que bien pronto los sanan y justifican y los que borran en un momento lo que los méritos juntos de todos los hombres, nunca pudieran borrar.

F. F. VILLABRILLE.

Arago.

Arago, (Domingo Francisco) célebre sabio francés, nació el 26 de febrero de 1786 en Estagel, cerca de Perpiñán. Su padre, que ocupaba desde la revolución el empleo de cajero en la casa de moneda de Perpiñán, le hizo emprender desde muy niño sus estudios en el colegio de esta ciudad. A la edad de diez y siete años, el joven Francisco fué admitido, después de un brillante examen, en la Escuela politécnica, plantel de ilustraciones que acababa de surgir del caos revolucionario. Al salir de esta escuela, fué agregado al Observatorio como secretario del departamento de las longitudes, y en 1806, el emperador, por recomendación de Monge, le encargó, con Mr. Biot y dos comisionados españoles, los señores Chaix y Rodríguez, continuase la grande operación geodésica de Delambre y Mechain, para hacer una medida mas perfecta del arco del meridiano terrestre, medida que ha servido de base al nuevo sistema métrico. Los dos sabios franceses pusieron desde luego manos á la obra, estableciendo un gran triángulo destinado á unir la isla de Ibiza, una de las Baleares, en la costa de España. Sentaron sus tiendas de campaña sobre la cima de este triángulo, es decir, sobre una de las montañas mas elevadas de Cataluña, para ponerse, por medio de señales, en comunicación con el señor Rodríguez, colocado sobre la montaña de Campuy en la isla de Ibiza. Espuestos á todas las intemperies pasaron muchos meses del invierno en aquellos desiertos escarpados. «Frecuentemente, dice Mr. Biot, la tempestad arrebatada nuestras tiendas y dislocaba nuestras estaciones.» Mr.

Arago, con una constancia infatigable, iba á reconstruirlas, no descansando ni de día ni de noche. En abril, de 1807, se terminaron las principales operaciones. Mr. Biot, solícito de llegar por el cálculo al resultado definitivo, partió para París: Mr. Arago quedaba solo para concluir los trabajos comenzados, cuando estalló la guerra entre España y Francia. Entonces se presenta un episodio romancesco que contaremos en compendio, según el espiritual autor de la Galería de los contemporáneos.

Tomado por un espía por los mallorquines sublevados, Mr. Arago no tuvo mas que el tiempo necesario para disfrazarse de paisano y llevarse los papeles que contenían sus observaciones. Gracias á su acento catalán, atravesó, desconocido por la multitud amotinada, se refugió en Palma en el navío español que le había conducido á la isla, y de este modo logró salvar sus instrumentos. Pasó muchas semanas ab-



El buen samaritano.

No basta, en efecto, conocer los preceptos de la ley, sino que es preciso saber ponerlos en práctica. Muchos son los que hablan de la caridad y pocos son los que verdaderamente la practican, aun entre aquellos que mayor obligación tienen de hacerla. La caridad es una virtud sublime hija del cielo, que se funda en el amor y en la indulgencia y es preciso ejercitarla sin ruido y sin ostentación, sin escepción de personas y buscando solo aquella íntima satisfacción que nace del cumplimiento de un deber. Ese sentimiento que nos inclina á socorrer á nuestros semejantes y aliviar sus miserias, ese instinto de beneficencia se embellece y santifica por medio de la caridad que no tiene otra mira mas que la del cielo, que es indulgente, que da y consuela, que no repara en la clase y condición de las personas, que tiende un velo sobre las faltas de los demás y que mira á todos los hombres como hermanos, porque todos son hijos de Dios que es el testigo de

sorto en sus cálculos dentro de la ciudadela de Belver, donde le había encerrado el capitán del navío para sustraerle del furor popular. En fin, obtuvo su libertad y el permiso de dirigirse a Argel. Una vez allí el cónsul de Francia le embarca en una fragata argelina que se hacia a la vela para Marsella. Veíanse ya las costas de la Francia cuando un corsario español alcanzá la fragata y se apodera de ella; Mr. Arago es hecho prisionero, conducido al fuerte de Rosas, arrojado a los pontones de Palamós, y colmado de malos tratamientos. Mientras tanto el dey al saber el insulto hecho a su pabellón, exige y acaba por obtener que se devuelva la libertad a toda la tripulación. Vuelve a tomar el camino de Marsella, casi en ella ya, y cuando el sabio joven creía concluidos sus infortunios, una tempestad de Nordeste que estalló súbitamente, rechaza al navío, le hace cejar y le arroja sobre las costas de Cerdeña. Otro peligro. Los argelinos y los sardos se tienen declarada la guerra; abordar es caer en un nuevo cautiverio. Para colmo de desdichas, se declara una vía de agua considerable, y se decide entonces refugiarse hacia las costas de Africa. El navío medio desamparado y próximo a irse a pique toca al fin en Bugia a tres jornadas de Argel. Disfrazado de beduino y bajo la guía de un morabito, Mr. Arago se dirigió a Argel, y se presenta al nuevo dey, que no le recibió con tanta deferencia como su predecesor, muerto en tumulto, pero gracias a las repetidas instancias del cónsul, volvió a recobrar su libertad y sus instrumentos y se pone en ruta por tercera vez para Marsella. El navío de guerra en que se hallaba escapó todavía a fuerza de velas de un crucero inglés.

El joven é intrepido sabio, volvió a ver su país natal en el estío de 1809. Para recompensarle de tanta fatiga, la Academia, contra sus reglamentos, le recibió en su seno, a los veinte y tres años, y el emperador le nombró profesor de la escuela politecnica. Allí fue donde el colega de Laplace y de Monge enseñó el análisis y la geodesia durante mas de veinte años.

Desde 1850, Mr. Arago se hizo hombre político; entró en la cámara, como diputado de los Pirineos Orientales, y se sentó en la extrema izquierda entre Laffite y Dupont de l'Eure. A sus trabajos legislativos unió las funciones de miembro del consejo general del departamento del Sena, que presidió por largo tiempo.

A la declinación de una vida tan agitada, Mr. Arago fue lanzado súbitamente por el gran sacudimiento de 1848, en medio de las tempestades de una revolución. Individuo del gobierno provisional, ministro de Guerra y Marina, se pronunció desde el primer día contra el partido que quería enarbolar la bandera roja. Fue elegido por la Asamblea constituyente para hacer parte de la ejecutiva, y en las sangrientas jornadas de junio marchó a las barricadas a la cabeza de las tropas. Decaído ya física y moralmente, el antiguo luchador, permaneció mudo en los bancos de la Asamblea legislativa, y desde el fin de 1848, los alterados rasgos de su fisonomía atestiguaban su profunda indiferencia por los hombres y las cosas.

Como sabio, Mr. Arago ha prestado grandes servicios a la ciencia, no tantos acaso por sus descubrimientos, como por el admirable talento con que ha sabido popularizarla en sus cursos de astronomía en el observatorio, en sus informes académicos y en sus noticias del Anuario del departamento de las longitudes. Muchos ramos de la física, particularmente la óptica, y el electro-magnetismo le deben notables progresos. Adoptó con ardor la teoría de la ondulación, según la cual el fenómeno de la vision es producido, no por una emanación directa de los rayos luminosos (Teoría de la emisión), sino por el movimiento de un fluido inasible, el eter, que trasmite a la vista las ondas luminosas, como el aire trasmite los sonidos al oído; ensanchó la vía empezada por Malus, quien observando las modificaciones sufridas por la luz a su paso al través de un medio transparente, cristalizado, descubrió el fenómeno de la polarización. La doble refracción de la turmalina, es decir, la propiedad de cortar en dos partes todos los rayos luminosos que la atraviesan, condujo a Mr. Arago al invento de su instrumento ingenioso, el *Polariscopio*. El notó que todos las veces que la luz pasa por la turmalina, especie de piedrecita ó cristal mineral, era idéntica en el doble brillo producido por esta misma turmalina; en tanto que la luz enviada por un cuerpo gaseoso se reflejaba atravesando este mineral bajo dos colores diferentes. Sometiendo así a la acción de esta sustancia los rayos emanados de los cuerpos celestes, Mr. Arago, marcha con datos muy interesantes sobre la constitución física del sol y de los cometas. Se debe también a Mr. Arago la invención de muchos aparatos ingeniosos para determinar con toda la exactitud posible los diámetros de los planetas, obviando las causas de error producidas por la irradiación, es decir, por la separación de rayos, que lanza el cuerpo luminoso. Siguiendo las observaciones de Oerstedt y Ampere, añadió nuevos hechos a los conocimientos sobre el electro-magnetismo. Descubrió también que se puede imantar una vara de acero, colocándola en el centro de una corriente eléctrica convenientemente dirigida; observó además, el primero, la acción ejercida, por una barra de cobre movida circularmente sobre la aguja imantada, observación que debe hacer desear el cobre en la construcción de las brújulas. Por este descubrimiento del magnetismo por rotación, Mr. Arago recibió en 1829, de la Sociedad Real de Londres la medalla de Copley; distinción tanto mas lisonjera cuanto que jamás se había concedido a ningún francés, y que él había disputado a los ingleses muchas invenciones, de que ellos se glorían entre otras la de la máquina de vapor. Pasamos en silencio los trabajos de Mr. Arago sobre las refracciones comparadas del aire seco y del aire húmedo, sobre la escintilación ó brillo, y la viveza de los rayos de las estrellas, sobre la meteorología, sobre diversos puntos de la historia de las ciencias, etc. La mayor parte de estos trabajos no fueron conocidos sino a consecuencia de informes versales hechos a la Academia ó a sabios que los han consignado en sus obras.

Mr. Arago sucedió en 1850 a Jurier, como secretario perpetuo (clase de ciencias matemáticas), de la Academia de Ciencias, y en este desempeño ha pronunciado elogios que pueden ser citados como modelos de estilo y de narración.

Es de sentir que Mr. Arago, no haya reunido sus trabajos en un solo cuerpo de obra; pues los tiene diseminados en diversas colecciones, bajo la forma de noticias, de relaciones y memorias, de las cuales las principales son estas: *Memorias sobre las afinidades de los cuerpos por la luz, y*

particularmente, sobre las fuerzas refringentes de diferentes gases, hechas en unión de Mr. Brot; París, 1806; en 4.º.—*Memoria sobre una modificación notable que experimentan los rayos luminosos a su paso al través de ciertos cuerpos diáfanos, y sobre algunos otros nuevos fenómenos de óptica, en las memorias de la Academia de Ciencias*, tom. XII, (año de 1811).—*Memorias sobre la acción que los rayos de la luz polares ejercen los unos sobre los otros*, (Mem. hecha en unión con Fresnel), en las memorias de la Academia de las Ciencias, año de 1819, pág. 288.—*Colección de observaciones geodésicas, astronómicas, ejecutadas por orden del departamento de longitudes, en España, Francia, Inglaterra y Escocia, para determinar la variación de la pesadez y grados terrestres sobre el prolongamiento del meridiano de París*, (con Mr. Biot); París, 1821, en 4.º Entre las numerosas noticias insertas en el *Anuario del departamento de longitudes*, se nota: *Sobre los cronómetros*, (año de 1824, pág. 152).—*Sobre las cantidades de agua que cae en la tierra desde diferentes alturas*, (en el mismo lugar, página 459).—*Tabla de las temperaturas extremas observadas en París y otros lugares*, (año 1825, pág. 161).—*Sobre la luna enrojecida*, (año 1827, pág. 162; año 1828, página 177).—*Del rocío*, ibid., pág. 465, y año 1828, página 455).—*Sobre las explosiones de las máquinas de vapor*, (año de 1850, pág. 457).—*Sobre las estrellas múltiples*, (año 1855, pág. 244).—*Noticia histórica sobre el polo volcánico*, (ibid., pág. 514).—*Sobre los pozos taladrados, conocidos con el nombre de pozos artesianos*, (año de 1855, pág. 181).—*Sobre la última aparición del cometa de Halley*, (año de 1856, página 489).—*Noticia sobre las máquinas de vapor*, (ibid., página 510).—*Sobre los jeroglíficos egipcios*, (ibid., pág. 255).—*Sobre el trueno*, (año de 1858, pág. 224).—*Noticia sobre Herschel*.—*Sobre el eclipse total del sol del 8 de julio de 1842*, (año de 1845, pág. 271). Entre sus elogios históricos son notables los del doctor Young, Journer, James West, Gambe, Carnot, Ampere, Condorcet, etc.

Mr. Arago es individuo de todas las academias científicas de Europa, y el amigo particular de los Humboldt, Jaraday, Brevoster, Melloni, etc., como acaba de recordarlo el mismo en su carta (mayo de 1852) al ministro de Instrucción pública, con motivo del juramento que debía prestar como director del Observatorio, y de que fué dispensado por una escepcion honorífica y única.

STOEFER.

Una historia de bandidos.

(Conclusion).

La embajada no dejaba de ser peligrosa: los bandidos calabreses, por lo regular no se precian de respetar los usos adoptados en tales ocasiones entre enemigos ordinarios. Pues fuera de la ley, podían muy bien poner al parlamentario fuera del derecho: así fue que Andrés pidió permiso a su coronel para decirle dos palabras en secreto. Cuando estuvieron solos, Andrés sacó del bolsillo los treinta lises que había recibido tres días antes de su coronel, y se los puso en la mano.

—¿Qué significa esto? dijo el coronel.
—Esto significa, que si esos bribones que están allá arriba, me diesen mi licencia, lo cual pudiera muy bien suceder, no quiero que me hereden. En su consecuencia sabed mi voluntad, coronel: enviareis veinte lises a mi anciana madre, y los otros diez, se los dareis a la vivandera de mi compañía, excelente muchacha que nos lava la ropa gratis, y nos da el aguardiente al fiado.

El coronel prometió a Andrés cumplir escrupulosamente sus intenciones, si le ocurría alguna desgracia, y le dió sus instrucciones. Prometía la vida a todo el mundo, excepto a Jacomo.

Andrés se puso en marcha y comenzó a trepar por la montaña, con esa maravillosa confianza del soldado francés, confianza que se apoya en dos cosas: el valor que tiene y la elocuencia que cree poseer. Cuando llegó a la cima, se encontró a cincuenta pasos del centinela de Jacomo que le gritó en calabres:

—¿Quién vive?...
—Parlamentario, contestó tranquilamente Andrés, y siguió su camino.

—¿Quién vive?... gritó segunda vez el centinela.
—Imbecil... ya te he dicho que parlamentario, repitió Andrés alzando la voz y dando algunos pasos.

—¿Quién vive?... gritó por tercera vez el bandido encarándose la carabina.

—¿No lo has oído? dijo Andrés gritando con toda la fuerza de sus pulmones y separando cada sílaba de la inmediata:

—Par-la-men-ta-rio, par-la-men-ta-rio. ¿Estás contento? Parece que la palabra italianizada por Andrés, no produjo el efecto que de ella aguardaba, porque en el momento en que acababa de dar aquella prueba de filología, la bala, atravesando la chapa ó escudo del chacó del cazador, se le llevó al precipicio, porque su propietario no había tenido la precaución de sujetarle con las carrilleras.

—Hijo de... la loba, dijo Andrés que había leído una historia romana, has hecho una gran cosa... Un chacó que contenía mas de treinta cartas de mis amantes, que me eran queridas unas que otras... ¡Bandidero!... quieres que te coma el alma...

Esta última exclamación se la arrancó la aproximación del bandido, que viendo que Andrés, en su calidad de parlamentario no llevaba armas, corría hacia él para herirle con su puñal ya que no le había acertado con la carabina.

Andrés llevó maquinalmente la mano al sitio que debería ocupar su sable, pero no encontró allí mas que la vaina, y al mismo tiempo vio brillar a un pie de su pecho el puñal del bandido. Con un movimiento tan rápido como el pensamiento, agarró con una mano la muñeca de su adversario, quedó suspendido el golpe que le amenazaba, y una lucha tenaz se trabó entre aquellos dos hombres.

El terreno en que se verificaba era una especie de camino que se apoyaba por un lado en una peña cortada a pico, y por el otro se inclinaba en declive hacia un precipicio de dos mil pies de profundidad.

Aquel estrecho espacio cubierto de yerba muy corta y seca, que el calor había puesto escurridiza, era peligrosa aun

para los que le atravesaban con pie firme y con precaución: así fué que ambos contendientes comprendieron lo arriesgado de su situación, y emplearon todos los recursos de su fuerza, y toda su destreza, para apartarse de la orilla cuanto les era posible, porque había muy pocas probabilidades de que el uno precipitase al otro sin arrastrarle en su caída. Todas las tentativas del bandido se limitaban pues, a desprender su muñeca del torno que se la oprimía, mientras que Andrés reunía todas sus fuerzas para no aflojarla. Cada uno había echado además la otra mano al derredor del cuello de su enemigo, de modo, que aquellos dos hombres animados uno contra otro de un deseo desenfrenado de muerte, hubieran parecido al que los mirase a cierta distancia, dos hermanos que se abrazaban estrechamente después de una larga ausencia.

Así permanecieron algun tiempo inmóviles, sin que ni uno ni otro pudiese prever quién conseguiría la ventaja. Por último, las rodillas del bandido comenzaron a temblar, sus espaldas se fueron inclinando lentamente hacia atrás, su cabeza se ladeó como la copa de un árbol que se bambolea, sus pies se desprendieron del suelo, y cayó como una encina desarraigada, arrastrando a Andrés en su caída, y por un movimiento maquinal en el hombre que busca un apoyo, abrió la mano que Andrés tenía apretada con la suya, de la que se escapó el puñal al momento, y fué a caer a la distancia de medio pie del precipicio.

Entonces continuó la lucha por la misma causa, pues el foragido procuraba arrojar con el pie el puñal en el abismo, y Andrés trataba de apoderarse de él; mas para lo uno y para lo otro, era preciso que aquellos dos hombres se aproximasen al borde. De cuando en cuando, con ojos inflamados lanzaban una mirada a la cima, hacia la cual ambos iban avanzando insensiblemente, y luego, sin decir una palabra y sin proferir una amenaza, sus miembros cobraban mayor rigidez con la violenta y repetida presión. En fin, Andrés debió conservar hasta lo último la ventaja que llevaba a su adversario, al que en aquel instante apretaba la garganta con una mano, mientras con la otra casi tocaba el mango del puñal; hizo un esfuerzo y consiguió apoderarse de él. Entonces el bandido conoció que se hallaba perdido, y al punto tomó la resolución de morir, pero arrastrando a su enemigo. Apoyó, pues, el pie en la peña sin que Andrés lo advirtiese, y en el momento en que brillaba el puñal sobre su pecho, estiró su pierna como si fuese un resorte, y el cazador, que estaba echado sobre él, se sintió deslizar al precipicio. Resonó un grito terrible: era la doble maldición de aquellos dos hombres, el vebemente y último adiós de la criatura a la creación: el bandido y el soldado habían perdido tierra.

A aquel grito respondió otro grito: Jacomo era el que le lanzaba. Atraído por la detonación del arma de fuego, acudió acelerado, vió la lucha desde lejos, y llegaba en el momento en que terminaba con la caída de los dos combatientes. Alargó el brazo como si le fuera dado detenerlos, y viéndolos desaparecer, dió un salto con la agilidad de la pantera, y desde la punta de un peñasco que dominaba el precipicio, dirigió sus ávidas miradas a la cima, y vió en el fondo el cuerpo mutilado del bandido, que arrastraban las aguas de un torrente.

—¡Camarada!... dijo en aquel mismo instante una voz que salía de algunos pies mas abajo de él: ¡Camarada!...

Jacomo volvió la vista en la dirección en que sonaba la voz, y descubrió a Andrés, a caballo sobre un árbol que había nacido en las hendiduras de la roca.

Al principiar la caída los dos adversarios se habían soltado, y Andrés había tenido la fortuna de asirse a aquel árbol de salvación, y se había compuesto de modo, que logró ponerse a horcajadas en él, teniendo sobre su cabeza diez pies de roca pelada que no podía trepar, y debajo el abismo a donde le había precedido el bandido.

—¡Ah! exclamó Jacomo asombrado, ¿quién eres?

—¡Pardiez!... he aquí uno que según parece habla francés, y por lo menos vamos a entendernos, dijo Andrés acomodándose en el árbol con mas aplomo y solidez que hasta entonces había tenido.

—¿Quién soy? Andres Frochot, natural de Corbeil, junto a Garis, cazador en el 34 de línea, que el emperador ha apellidado el *Fulminante*.

—¿Y a qué vienes aquí? continuó Jacomo.

—Vengo de parte de mi coronel a traeros lo que suelen llamar el *ultimatum*.

—Está muy bien, dijo Jacomo.

—Pues si está bien, replicó Andrés, tened la bondad de bajarme algo con que pueda volver a subir, como por ejemplo, una cuerda, y luego tirareis así, ¿no es verdad?... é hizo el ademán de uno que saca agua de un pozo.

Jacomo retrocedió algunos pasos, y sacó la cuerda que había permanecido en la zarza, y que había llegado a ser inútil; arrojó una punta a Andrés, que la sujetó con fuerza rodeándosela al cuerpo, luego la agarró con sus dos manos por encima de su cabeza, y persuadido por aquella precaución de que se hallaba bien atado, dió la señal diciendo:

—Vamos, ¡houp!...

Jacomo probó que había comprendido perfectamente la exclamación, tirando de la cuerda hacia sí. Andrés comenzó su ascension dando vueltas en la punta de la cuerda como si fuese una pelota, ó por mejor decir un ovillo de hilo que devana una muger. En fin, cuando llegó a la cima, Jacomo sujetó la cuerda con el pie para que no se escurriese, y alargó la mano a Andrés, que asiéndose con fuerza, hizo un empuje violento y se encontró junto al bandido.

—Gracias, camarada, dijo desatando la cuerda que le ceñía el cuerpo, procurando arreglar el desorden que habían causado en su descenso y la subida que acababa de efectuar, con la misma minuciosidad y calma que si se tratase de presentarse inmediatamente en una revista: gracias, y si alguna vez os encontráis en iguales circunstancias, llamad a Andrés Frochot, y si se encuentra a cien pasos a la redonda podéis contar con él.

—Está muy bien, dijo Jacomo: ahora las instrucciones.

—¡Ah! dijo Andrés; he aquí que ya se acabó la risa. Mis instrucciones estaban en mi chacó, y al chacó se le han llevado los diablos. El otro ha ido a buscarle, añadió dirigiendo una mirada al precipicio, pero me temo que no le encuentre.

—¿Recuerdas lo que contenían? dijo Jacomo.

—Lo tengo muy presente.

—Veamos.

—Decían... Escuchad, atended (Andrés tomó el aire grave

é importante de un embajador), decían que los bandidos obtendrán la gracia de la vida, y que solo será ahorcado su jefe.

—¿Estás seguro de eso?
—¿Cómo que si estoy seguro?... ¿pues qué me teneis acaso por un embaucador? Os digo las mismas palabras y os respondo de ellas a fe de Andrés.

—Entonces, tal vez pueda arreglarse el negocio: sígueme. Andrés obedeció, y diez minutos después, el bandido y el soldado llegaron a la meseta que ya hemos descrito al principio de esta historia, y en ella encontraron a los bandidos acostados y a María junto al peñasco dando de mamar a su niño.

—Os traigo buenas nuevas, dijo Jacomo; amigos míos, los franceses os conceden la vida. Los bandidos comenzaron a saltar, y María levantó la cabeza con aire melancólico.

—¿A todos? dijo un bandido.

—A todos, respondió Jacomo.

—Sin escepcion? preguntó con dulzura María.

—Poco les importa a estos valientes, respondió con impaciencia Jacomo, el que haya una escepcion, si esa nada tiene que ver con ellos.

—Está muy bien, contestó María bajando con resignación su cabeza sin hacer mas observación.

—Es decir, replicó uno de los bandidos, que hay una escepcion como vos decís, y que esa escepcion concierne al jefe?

—Podrá ser, respondió Jacomo.

—Y es ese hombre el que...

—Sí, contestó Jacomo.

El bandido miró a sus camaradas, y viendo en todos los semblantes una espresión de armonía con su pensamiento, se echó con presteza la carabina a la cara y apuntó a Andrés.

—Sangre de Cristo!... ¿qué haces?... exclamó Jacomo cubriendo a Andrés con su cuerpo.

—Quiero, respondió el bandido, enseñar a ese pagano que no es tan fácil como cree encargarse de semejantes comisiones.

—¿Qué le ocurre a ese embrollon? dijo Andrés alzándose sobre las puntas de los pies y mirando al bandido por encima del hombro de Jacomo, ¿le sucede eso con frecuencia?

—Está muy bien, esta muy bien, Luidgi, añadió Jacomo haciendo una seña con la mano; baja tu carabina: tu opinión es el no aceptar, pero puede muy bien no pensar del mismo modo la compañía.

—Así piensan todos; no es verdad? gritó Luidgi volviéndose hacia sus camaradas.

—Sí, sí, contestaron todos a un tiempo. Sí, vivir ó morir con nuestro jefe. ¡Viva el jefe!... ¡Viva el padre!... ¡Viva Jacomo!... María no decía nada, pero dos lágrimas de reconocimiento corrían por sus mejillas.

—¿Lo oyes? dijo Jacomo volviéndose hacia Andrés.

—Sí, lo oigo, respondió Andrés, pero no lo comprendo.

—Pues bien, esos hombres dicen que quieren vivir ó morir conmigo, porque yo soy su jefe.

—Perdonad, respondió Andrés, y uniendo las piernas llevó la mano a su frente é hizo el saludo militar; no os conocía: a cada señor su honor.

—Bueno, dijo Jacomo con un ademán de nobleza y de altivez que no sería indigno de un rey; ahora que ya me conoces, vuelve a tu coronel y dile que en toda la banda de Jacomo que se muere de hambre, no hay un solo hombre que haya querido comprar su vida al precio de la de su capitán.

—Y bien ¿qué tiene eso de extraño? respondió Andrés refortificándose el vigote: eso prueba que por todas partes hay buenos muchachos.

—Ahora tengo que darte un consejo, dijo Jacomo examinando con inquietud el semblante de su gente, y es que no permanezcas aquí por mas tiempo, ó no respondo de nada.

—Está muy bien, contestó Andrés mirando en derredor suyo con el mas profundo desprecio: no tengo deseos de tomar en arrendamiento la barraca, y ademas no me parece que se halla muy bien provista de comestibles.

El jefe frunció el entrecejo.

—Andrés le miró de frente, como diciéndole: bien, ¿y qué? Y cuando el semblante del jefe hubo recobrado su espresión ordinaria, volvió la espalda y se alejó lentamente, pavoneándose en su marcha y cantando a media voz:

¡Oh! que el ser gendarme
es un triste estado,
al paso que es noble
el de ser soldado.
Adios, mis queridas,
que tocan a marchar,
cuando suena el pánchez
la nación se va.

Al concluir el último verso revolvió el peñasco y desapareció de la vista de Jacomo y de su banda. Sin embargo, hasta que no pasaron diez minutos no se volvió, pues temía que imputasen a miedo aquel movimiento de curiosidad.

Después de la partida de Andrés, los bandidos se quedaron silenciosos é inmóviles en el mismo sitio en que había dejado a cada uno de ellos. En fin, Jacomo se levantó y se alejó sin decir una palabra. Entonces cada uno buscó algún medio con que mitigar el hambre que los devoraba: unos encontraron varias raíces, otros frutas silvestres, y algunos procuraron mascar los tiernos tallos. Solo María permaneció sentada junto a un peñasco: conocía que todavía tenía leche para su hijo.

Al cabo de dos horas volvió Jacomo: tenía en la mano uno de esos largos cayados ferrados con que los baqueros romanos guían sus ganados, y en la otra la cuerda que ya hemos visto desempeñar un papel tan activo en el curso de esta historia, y que parecía un accesorio obligado de su desolación.

—Haced vuestros preparativos, les dijo: nos vamos.

—¿Cuándo? gritaron los bandidos.

—Esta noche, respondió Jacomo.

—¿Habeis encontrado un paso?

—Sí.

La alegría volvió a aparecer en todos los semblantes, porque nadie dudaba de la palabra del jefe. María se levantó, y presentando su hijo a Jacomo:

—Abrazadle, le dijo.

Jacomo abrazó al niño con el aire de un hombre que teme dejar sorprender un sentimiento humano en el fondo de su alma, y luego extendió la mano hacia el Oriente.

—Dentro de media hora ya habrá anochecido, dijo.

Cada uno registró sus armas, renovó sus cartuchos, é introdujo la baqueta en el cañon de su carabina.

—¿Estais prontos? dijo Jacomo.

—Ya lo estamos.

—Pues marchemos.

Entonces se pusieron en marcha siguiendo un camino opuesto al que había traído Andrés. Un sendero fácil, pero tan estrecho que un hombre solo hubiera podido defenderle contra diez, conducía al pie de la montaña sobre la cual se habían refugiado los bandidos. Aquel sendero no se había ocultado a la vista perspicaz del coronel; así es que había colocado un puesto de guardia a su estremidad, y a cien pasos de él un centinela. Al emprender aquel camino, el jefe que marchaba el primero se volvió hacia sus subordinados, les recomendó el silencio con esa voz breve y poderosa que anuncia que peligrará la vida si no se obedece puntualmente semejante intimación. Todos contuvieron su aliento, pero en aquel momento el niño exhaló un sollozo.

Jacomo se volvió: sus ojos brillaban en la oscuridad como los del tigre. María dió su agotado pecho al niño, que le tomó con avidez y calló. Continuaron marchando, y al cabo de diez minutos, el niño engañado en su esperanza, dió un nuevo grito.

Jacomo lanzó una especie de rugido que no podía describirse a él ni a su gavilla, porque si alguien le hubiese oído le habría tomado mas bien por el aullido del lobo que por la voz del hombre. María temblando, colocó su boca sobre la de su hijo: anduvieron todavía algunos pasos, pero el niño atormentado por el hambre, comenzó a llorar.

Entonces Jacomo de un salto se puso junto a él, y antes que María pudiese sujetarle ni defenderle, le agarró por una pierna, le arrancó de los brazos de su madre, y haciéndole girar como un pastor a su honda, le estrelló la cabeza contra un árbol.

María se quedó un instante pálida con los cabellos erizados y los ojos fijos, y después bajándose por un movimiento brusco y maquinal, recogió el mutilado cadáver del niño, le puso en su delantal, y continuó siguiendo a la banda, cuya dirección había vuelto ya a tomar Jacomo.

En aquel momento, aprovechándose de un sitio en que la montaña era accesible, dejó el sendero, se internó con el instinto de una fiera, por entre las peñas, los abetos y los zarzales, que parecían cerrar el paso a toda criatura viviente como no fuesen los reptiles: la gavilla le siguió.

Durante una hora marcharon de ese modo, si semejante correría en donde tan pronto era necesario saltar de peñasco en peñasco como gamuzas, y tan pronto arrastrarse por la tierra como serpientes, puede llamarse marcha. En fin, llegaron a una parte de la montaña cortada a pico: en frente de aquella especie de meseta, y a veinte pies, por el otro lado, se extendía otra poco mas ó menos semejante: el precipicio que separaba aquellas dos cimas, se había sin duda formado a consecuencia de alguna convulsion volcánica: pero no había memoria de que los hombres hubiesen visto jamás reunidas en una sola aquellas dos montañas gemelas.

Cuando llegaron allí los bandidos, se miraron unos a otros con la mayor inquietud. Todos conocían muy bien aquella parte de sus dominios, y varias veces, desde que se hallaban cercados por los soldados, alguno de ellos había llegado hasta a aquel sitio, había sondeado con la vista el precipicio que se abría delante de sus pies, y medido la distancia que le separaba de aquella tierra vecina en donde estaba su salvación: y luego se había retirado pensativo, y con la cabeza inclinada bajo el peso de la desconsoladora idea, de que solo a una cabra montes le sería posible atravesar aquel intervalo.

Sin embargo, Jacomo se detuvo en el borde de aquel abismo, y los bandidos formaron inmediatamente círculo en derredor del hombre cuyo genio había ya sostenido su vida con recursos que ellos jamás hubieran encontrado, y que indudablemente en aquel momento iba a sacarlos del peligro por medio de algun recurso nuevo. En efecto, Jacomo no daba muestras de hallarse aturdido ni embarazado: desarrolló la cuerda en toda su longitud, llamó a uno de los bandidos, se la ató por una punta a la muñeca, y atando sólidamente la otra punta en la parte media del cayado ferrado con que estaba provisto, le hizo girar por encima de su cabeza como una lanza, y le arrojó a la otra orilla.

Los bandidos, habituados a distinguir los menores objetos en las sombras de la noche como en la claridad del día, siguieron el vuelo del cayado, le vieron pasar por entre dos encinas que crecían en la meseta opuesta y clavarse en la tierra: entonces Jacomo desató la punta de la cuerda de la muñeca del bandido, é imprimiéndola un sacudimiento arrancó de la tierra el hierro del cayado, y tirándole hacia sí, le trajo hasta las dos encinas que estaban unidas, en las cuales se detuvo por la posición transversal que había tomado. Jacomo tiró con violencia, la cuerda se tendió, y el cayado resistió: eso era precisamente lo que quería el bandido.

Entonces, dándole tres vueltas al derredor del tronco de un abeto, sujetó la estremidad de la cuerda que no había abandonado, la hizo varios nudos, la dió otras dos vueltas, y sentándose luego al borde del precipicio, asíó con las dos manos la misma cuerda que le atravesaba como si fuese un puente, y a fuerza de puños y colgando el cuerpo y las piernas sobre el abismo, comenzó a efectuar tan extraordinario paso.

Los bandidos le siguieron con la vista, anhelantes y con la boca abierta: le vieron, desprendiendo primero una mano y luego la otra, avanzar tan fácilmente como si sus pies hubieran tenido un punto de apoyo. En fin, llegó a la orilla opuesta, se agarró a la raíz de una de las encinas, y haciendo un último esfuerzo, se encontró en la meseta opuesta.

Entonces examinó detenidamente el cayado que sostenía la cuerda, y pareciéndole sólidamente colocado, se volvió hacia sus compañeros y les hizo seña de que le imitasen, y fuesen a reunirse con él.

Eran valientes é intrépidos montañeses, y no vacilaron un segundo, pues tenían confianza en sus fuerzas: por donde había pasado uno, debían pasar todos los demás, y pasaron.

María se quedó la última: cuando la tocó su turno, se co-

locó la punta del delantal en la boca, la sujetó con los dientes, empuñó la cuerda, y sin dar muestra alguna de temor ni debilidad pasó como los demás.

El jefe respiró, porque todos sus hombres se hallaban en su derredor sanos y salvos, y acababa de librarlos la vida, que habían rehusado conservar al precio de la suya. Entonces dirigió una mirada de indecible menosprecio a los puestos militares, cuyas hogueras brillaban de trecho en trecho: luego pronunció esta sola palabra: ¡Vamos! y todos emprendieron la marcha llenos de ardor y de confianza.

Una hora después divisaron una aldea y se dirigieron hacia ella. Jacomo entró en casa de un labrador, se dió a conocer y dijo que él y su gente tenían hambre. Con la mayor prontitud se le dió todo lo que necesitaba: cada uno hizo su provision de víveres, y se continuó la marcha. Pasados veinte minutos habían vuelto a internarse en la montaña, fuera de toda clase de peligros y sin temor de ser perseguidos. Jacomo se detuvo y examinó el sitio en que se encontraban. — Pasaremos aquí la noche, dijo; ahora cenemos.

Aquella orden fué ejecutada con suma presteza porque aunque todos se morían de hambre, ninguno se había atrevido a comer antes de que el jefe diese su permiso. Pusieron las provisiones reunidas formando monton, los bandidos se sentaron en círculo, y cinco minutos después, todos comían con tan voraz apetito, que era evidente que desde el primero hasta el último deseaban reparar el tiempo perdido. De repente Jacomo se levantó: María no estaba con la banda.

Dió rápidamente algunos pasos en la dirección que habían llevado, y luego se detuvo de repente: había visto a María al pie de un árbol. Estaba de rodillas, y abría con sus manos un hoyo para sepultar en él a su hijo.

Jacomo dejó caer el pedazo de pan que llevaba en la mano, la miró un instante sin atreverse a hablarla, y volvió triste y silencioso a reunirse con sus compañeros.

Concluida la cena, Jacomo colocó un centinela, mas bien por costumbre que por temor, y luego permitió que cada uno se entregase al reposo. El también se retiró a un sitio separado, tendió su capa en el suelo y dió ejemplo a los demás, que estenuados como él de cansancio, no tardaron en imitarle.

Apenas había un cuarto de hora que vigilaba el bandido que estaba de centinela, y ya comenzaba a sentir que la fatiga era mas fuerte que su consigna: cerrábasele los ojos a pesar suyo, y se veía obligado a estar continuamente en movimiento para no dormirse de pie, cuando una suave y triste voz pronunció su nombre. Se volvió y reconoció a María.

—Luidgi, le dijo, soy yo, no temas.

Luidgi la saludó con el mas profundo respeto.

—Pobre muchacho! prosiguió la jóven, te estás cayendo de cansancio y de sueño y te ves obligado a velar!

—Esa es la orden del jefe, dijo Luidgi.

—Escucha, le respondió María; yo aunque quisiera no podría dormir. Y le enseñó su delantal ensangrentado. La muerte de mi hijo me tiene desvelada. Sabes muy bien que mi vista es perspicaz, dame tu carabina, haré la centinela por tí, y al rayar el alba te despertaré. Te ofrezco dos horas de descanso.

—¿Pero y si lo llega a saber el jefe? dijo Luidgi que deseaba con ansia aceptar la proposición.

—No lo sabrá, le replicó María.

—¿Me lo asegurais?

—Te lo aseguro.

El bandido la entregó su carabina, y por el poco tiempo que empleó en buscar un sitio cómodo, probó cuan grande era su convicción interior de que dormiría bien en cualquier parte. Diez minutos después, su estrepitosa respiración anunció que se aprovechaba del poco tiempo que le quedaba todavía antes de que saliese el sol.

Por lo que hace a María permaneció inmóvil como un cuarto de hora, y luego volviendo la cabeza por encima del hombro hacia los bandidos, se convenció de que todos se hallaban sumergidos en el sueño. Entonces abandonó su puesto, pasó por en medio de ellos sin hacer ruido y tan ligera que parecía un espíritu que apenas rozaba el suelo, y cuando llegó a donde estaba Jacomo, bajó el cañon de su carabina, le apoyó en el pecho del jefe, y disparó el arma.

—¿Qué es eso! gritaron los bandidos despertándose soñolientos.

—Nada, dijo María. A Luidgi, cuyo puesto ocupó, se le ha olvidado decirme que su carabina estaba montada, y como he apoyado inadvertidamente el dedo en el gatillo, ha salido el tiro.

Cada uno volvió a inclinar la cabeza sobre su brazo, y a dormirse.

Jacomo no exhaló un suspiro ni un quejido porque la bala le había atravesado el corazón.

María dejó la carabina de Luidgi apoyada en un árbol, cortó la cabeza de Jacomo, la colocó en su delantal, manchando con la sangre de su hijo, y bajó de la montaña.

Al día siguiente anunciaron al coronel que una jóven que decía haber muerto a Jacomo, pedía hablarle. El coronel le mandó entrar en su tienda: María se detuvo delante de él, soltó la punta del delantal, y la cabeza del bandido rodó por el suelo.

Aunque el coronel estaba habituado a las emociones de los campos de batalla, no pudo evitar cierto sentimiento de horror, y levantando los ojos hacia aquella jóven, pálida y grave como la estatua de la desesperación:

—¿Quién sois? la dijo.

—Ayer era su muger.... hoy soy su viuda.

—Contadla los tres mil ducados, dijo el coronel.

MELLADO.

Establecimiento tipográfico, calle de Santa Teresa, número 8.

MUSEO Y TESORO DE LAS FAMILIAS;

PERIÓDICO MENSUAL.

Y COLECCION DE OBRAS MORALES Y ESCOGIDAS.

PROSPECTO DE AMBAS PUBLICACIONES.

Once años hace que nos dirigimos por primera vez al público, ofreciéndole un periódico ameno, agradable, instructivo y económico, á propósito para correr sin riesgo en manos de la juventud, propio para penetrar sin inconveniente en el hogar doméstico, como el amigo íntimo de la familia; una revista pintoresca, donde cada cual hallase algo que aprender ó recordar; donde la vista y la imaginación se deleitasen á un tiempo; donde tendrían cabida todas las materias que abraza el saber humano, tratadas de una manera especial al alcance de la generalidad, y revestidas, aun las mas aridas y abstractas, de formas halagüeñas; un periódico, en fin, aceptable para todos por su forma y por su esencia. Si hemos cumplido ó no esta promesa, la larga fecha que cuenta el Museo, la lista de suscritores y hasta cinco ediciones que se han hecho ya de los primeros volúmenes, dicen mas que cuanto nosotros pudiéramos decir. Hoy mismo nos es imposible servir una coleccion completa mientras no termine la reimpression del tomo 7.º, de que nos ocupamos. Debemos declarar, sin embargo, que no es toda la gloria nuestra: cualquiera que sea el mérito del pensamiento, de seguro que no habría merecido tanto favor sin el eficaz auxilio que nos han prestado escritores de gran valer; apenas existe un hombre de mérito en nuestro país, cuya firma no se lea al pie de un artículo del Museo, al lado de otros escogidos cuidadosamente en las publicaciones extranjeras análogas que gozan mayor nombradía. Así hemos logrado hacer de nuestro periódico una verdadera coleccion de cuadros, donde todas las materias, todos los nombres y todos los géneros se ven representados.

En la parte tipográfica hemos seguido paso á paso los progresos de la imprenta y del arte de grabar en relieve, llegando en este punto hasta donde es posible llegar en España; si no hemos hecho mas, no es nuestra la culpa, y la prueba está en que nadie nos ha aventajado: lo es de las industrias auxiliares, que no adelantan en la misma proporcion por causas que no son para indicadas aqui. Sin embargo, examínense los últimos números del Museo de las Familias, compárense con los que publicamos al principio, y si se quiere tambien con los periódicos extranjeros de igual índole, y se verá el inmenso espacio que hemos recorrido y lo próximos que estamos á lo perfeccion, constante objeto de nuestras aspiraciones. El Museo no es para nosotros una empresa de lucro, lo es de afecto y de gratitud para con el público que hace once años nos viene prestando su apoyo; esta es la razon porque cuantos beneficios hemos obtenido y cuantos obtengamos los emplearemos siempre en mejorarlo. El aumento de suscripcion no nos satisface por la utilidad, sino porque lisonjea nuestro amor propio y nos facilita los medios de realizar nuestro propósito. Si el Museo contase siquiera la mitad de los suscritores que cuenta el periódico francés de igual título, y no hablásemos de los ingleses, porque seria pedir demasiado, nada tendria que envidiarle; pero faltan en nuestra patria todavía muchas cosas y sobran otras, por mas que lo contrario se diga. Falta la costumbre de leer y de instruirse en ciertas clases, y sobra la indolencia y el desvío hacia las cosas útiles en todas; falta proteccion para la industria, franquicias para el comercio, estímulo y recompensa al mérito, y sobran trabas, gabelas y gravámenes, que secan el pensamiento mas fecundo. Por eso es un verdadero prodigio que el Museo cuente once años de vida y una suscripcion casi fabulosa, para lo que en España se acostumbra.

Constantes en nuestro propósito y sin que nos arredren las dificultades, seguiremos adelante nuestro plan, y desde luego nos comprometemos á que el tomo que va á principiar en enero del año próximo, sea superior al que concluirá en diciembre del presente. Ademas de un aumento considerable en el número de los grabados, de mayor perfeccion en estos, de una impresion esmeradísima y de un papel superior, pensamos hacer algunas innovaciones en la parte literaria, para que tenga mas amenidad é interés, siendo la principal de estas el aumento de una nueva seccion que titularemos *El teatro en familia*.

Nada mas agradable en épocas determinadas del año, con motivo de la celebridad de algun aniversario ó en festividades especiales, como la Navidad, el Carnaval, etc., que esos teatros que se improvisan en las casas particulares para representar, sin aparato y sin gasto, cualquiera pieza fácil; diversion utilísima para la juventud, que los padres deben fomentar, porque se ejercita la memoria, se aprende á hablar en público, se perfecciona el lenguaje, y los ensayos y los preparativos ocupan los ratos de ocio y apartan el pensamiento tal vez de cosas mas perjudiciales. Desgraciadamente el repertorio de los teatros públicos es poco abundante en obras que, estando al alcance de la capacidad de los aficionados, llenen por otra parte las condiciones que se necesitan para que produzcan el efecto que indicamos, y esto es lo que nos ha sugerido la idea de dar en el Museo, de tiempo en tiempo, pequeñas piezas teatrales exclusivamente destinadas á este objeto, en que alternarán el género histórico con el de costumbres, y en las que habrá siempre algun hecho memorable, algun principio moral ó alguna verdad importante que sirva de enseñanza. Estas piezas de que seremos muy pocos, pues nunca pasarán de dos ó tres al año, estarán escritas en prosa ó en verso por autores acreditados ya en la escena, y desde luego aseguramos que los nombres de don Ventura de la Vega, don Manuel Breton de los Herreros, y otros no menos conocidos, irán al frente de ellas; serán propiedad esclusiva del Museo, y estarán dispuestas de modo que se puedan representar en una sala cualquiera, sin mas accesorios que los muebles comunes. Para los trages, principalmente en las de carácter histórico, daremos grabados que representen algunas escenas. En el número primero del año próximo insertaremos la primera de estas piezas, titulada *Un casamiento de real orden*, y si como presumimos, la idea

fuese bien acogida, la ampliaremos y perfeccionaremos hasta donde sea posible.

Otra de las innovaciones que vamos á introducir, consiste en dedicar algunas páginas á los sucesos que pueden llamarse de actualidad. La política, es cierto, está escluida del Museo, pero cuando sobrevienen acontecimientos como los de la guerra de Oriente ahora, dar á conocer los países donde se realizan, las costumbres de sus habitantes, los lugares de la escena, los personajes que toman en ellos una parte activa, etc., nos parece muy propio de nuestro periódico y muy agradable para los lectores. El primer artículo del número de noviembre titulado *las Provincias danubianas*, puede servir de muestra, aunque incompleta de nuestro plan en esta parte.

Tambien para las cubiertas de los números habrá reforma. En el año que va á concluir hemos insertado en lo interior de ellas, parte del libro titulado *La Cocinera del campo y de la ciudad*, obra utilísima que contiene mas de ochocientas recetas de aplicacion práctica á la economía doméstica; nuestra intencion era continuarla en los mismos términos, pero algunos suscritores creen que se prolongará demasiado la conclusion, y nos instan para imprimirla aparte, á lo que hemos accedido con gusto, fijándole un precio de venta tan ínfimo, que apenas basta á cubrir los gastos materiales, segun puede verse por el anuncio que acompaña. Las cubiertas del Museo contendrán, pues, en lo sucesivo un mosaico, que abrazará todas las noticias de interés, todos los hechos curiosos, todos los sucesos notables, ocurridos en el mes, de tal manera, que vendrán á ser un resumen de cuanto merezca fijar la atencion, sea de la clase que quiera. Todo esto sin perjuicio de los artículos ordinarios, no de menos fuerza ni de mas escaso mérito, que la *Verdadera historia de Masaniello* y *Un Presentimiento*, que han visto la luz en el tomo que concluye. Tal será el Museo en el año próximo: los que continúen favoreciéndonos ó se suscriban de nuevo, obtendrán ademas otras ventajas de que luego haremos mérito.

TESORO DE LAS FAMILIAS.

Hay una institucion, sólido elemento de orden, que es justamente considerada como el principio y la base de la sociedad humana, como un lazo de union de unos individuos con otros, para animarlos al cumplimiento de su deber. Esta institucion tan desatendida, si es que no vilipendiada en nuestros dias, es LA FAMILIA, y á ella ha llegado la época de dirigirnos, para estrechar mas y mas estos lazos, para fomentar el amor al asilo tutelar y al hogar doméstico, y para unir en un mismo pensamiento de lectura á los individuos de la familia entera.

Bajo el título de TESORO DE LAS FAMILIAS, vamos á publicar una serie de obras instructivas, amenas, cortas (de un tomo por lo regular), útiles á los hijos, á los hermanos, á los esposos y á los padres, para elevar su alma con nobles y generosos ejemplos, con hechos célebres en la historia y con interesantes narraciones que, inculcando á cada uno sus deberes, le hagan causar la gloria y la felicidad de su familia, escogiendo para lograr este designio entre los escritores nacionales y extranjeros, aquellos que mejor sepan imprimir á sus ideas el sello de un pensamiento moral.

Con decir que esta publicacion sale á luz bajo los auspicios del Museo de Familias, creemos ofrecer una verdadera garantía á los padres y gefes de familia, y aun satisfacer los deseos que muchos de ellos nos han manifestado repetidas veces. El éxito del Museo, prescindiendo de su escogida redaccion y de sus constantes mejoras, es debido tal vez á esa escrupulosa reserva que se ha impuesto y que le hace ser admitido en la intimidad de las familias y confiado sin reparo á las manos de los adolescentes. El mismo pensamiento del Museo es el que el Tesoro va á completar, ya que no sea posible alterar las bases de aquel periódico, sancionadas por once años de esperiencia.

No figurarán en el TESORO DE LAS FAMILIAS, libros de ciencia profunda ó de vasta erudicion; serán libros de índole popular, por decirlo asi, en los que la enseñanza será de hecho mas bien que de raciocinio, y en los que la sana doctrina se infundirá con ejemplos mas bien que con preceptos, contando ademas para lograr el objeto con ese vivo y santo interés que la mano de la naturaleza grabó en el corazón de los padres. Queremos que nuestros libros sean leídos y comentados por los padres de familia, despues de las horas de una fatigosa labor, y cuando, al traspasar el umbral doméstico, solo perciban alrededor de sí, caras alegres, voces queridas y miradas amistosas. Como el título de la coleccion indica, las obras en ella contenidas, serán á propósito para todos los individuos de la familia: habrá lecciones y distracciones para todas las clases y para todas las edades y situaciones de la vida, asi para el sufrimiento como para la alegría, para la desgracia como para la fortuna; pero de seguro que habrá una parte muy preferente para los jóvenes de ambos sexos, á quienes cuando niños hemos dirigido otras de nuestras publicaciones, y á quienes hemos visto despues crecer y desarrollarse, llenándonos con sus progresos de alegría. El Tesoro será, en fin, una vasta coleccion moral, histórica, anecdótica, económico-doméstica, si se quiere, en la que presumimos que toda clase de personas ha de hallar una recreacion instructiva.

Confiamos á hábiles artistas el cuidado de ilustrar el texto con láminas, compuestas espresamente para cada obra y *litografiadas en colores*, de cuya perfeccion y sorprendente efecto, puede juzgarse por las que se hallan de muestra en el despacho de Madrid y hemos remitido para el mismo fin á todas las comisiones de provincia.

El primer tomo de la coleccion, escrito espresamente para ella por don Francisco Fernandez Villabrille, muy conocido de los lectores del Museo, llevará por título

LA FAMILIA.

Su origen, organizacion, influencia, individuos que la componen, puesto importante que cada uno tiene que ocupar en ella y mision que tiene que llenar, inculcando ideas de orden, prevision, trabajo y moralidad por medio de narraciones históricas y de ejemplos prácticos, tomados de nuestra misma sociedad contemporánea y en todas las situaciones de la vida. Este cuadro abreviado de una familia, que viene á ser el cuadro de un pueblo entero, porque los pueblos se han parecido siempre á las familias de que dimanen, hemos creído que debia ser la natural introduccion de todos nuestros trabajos.

A él seguirán la mayor parte de las obras del célebre alemán Gustavo Nieritz, verdadero tesoro en su género, que en nuestro país apenas se conoce.

PRIMAS Y REGALOS.

Oficios de la Iglesia, en miniatura. Precioso devocionario y Semana Santa, extractado de la obra grande que estamos publicando con el mismo título y que contiene los rezos de la Iglesia para todos los dias del año, con la explicacion de las ceremonias de la Santa Misa, notas sobre las fiestas y los salmos, y las oraciones para antes y despues de la Confesion y Comunión. Un tomo en 8.º menor, edicion de lujo con magníficas láminas de colores, de un género enteramente nuevo, muy á propósito para llevarle á la iglesia por su volumen y forma elegante.

Graziella. Lindísima novela por Alfonso Lamartine, publicada últimamente en París con extraordinaria aceptación. Un tomo en 8.º menor, edicion muy esmerada, con láminas de colores de la misma clase que las remitidas de muestra para el TESORO DE LAS FAMILIAS.

Estas obras están impresas y se darán gratis inmediatamente, encuadradas á la rústica, en esta forma:

El devocionario á los que se suscriban á la vez al Museo y al TESORO DE LAS FAMILIAS antes del 31 de diciembre próximo, y adelantasen el importe del año 1854 para el periódico y dos tomos al menos del Tesoro, ó bien cinco tomos de este, ó sean 50 rs. en Madrid y 60 en provincia.

La novela á los que se suscriban al Museo solo y adelantasen el importe de año venidero, antes del 31 de diciembre, ó á los que en la misma época se suscriban solamente al Tesoro y adelanten el importe de tres tomos, ó sean 50 rs. en Madrid y 56 en provincia, indistintamente.

El devocionario y la novela, á los que se suscriban al Museo y al Tesoro, antes del 31 de diciembre y adelantasen el importe de un año al periódico y de cinco tomos al menos del Tesoro, ó bien ocho tomos de este, ó sean 80 rs. en Madrid y 96 en provincia.

Los ejemplares sueltos del devocionario, se venden á 20 reales á la rústica y los de la novela á 10 id.

CONDICIONES Y PUNTOS DE SUSCRICION.

MUSEO DE LAS FAMILIAS. Se publica todos los meses desde enero de 1842, y cada número consta de 48 columnas en 4.º mayor, edicion de gran lujo en esquisito papel y grabados en el texto. Los números se reparten encuadrados con una bonita cubierta de color, y los doce de un año forman un tomo enteramente independiente, para cuya encuadracion se da una lindísima portada litografiada, índices y cubiertas especiales.—Los que se suscriben de nuevo no tienen necesidad de adquirir, si no quieren, los tomos publicados, porque cada volumen del Museo es una obra enteramente aparte: los números de los tomos solo sirven para indicar su orden.—La suscripcion puede hacerse en cualquiera época del año, pero ha de empezar á contarse desde el número primero del volumen á que corresponda.—El precio es 30 rs. un año en Madrid y 36 en provincia por el correo franco el porte.—Los que se suscriban y adelanten el importe del año próximo de 1854, antes del 31 de diciembre, recibirán al punto gratis y encuadrado á la rústica un ejemplar de la novela titulada *Graziella*, por Lamartine.

TESORO DE LAS FAMILIAS. Preciosa coleccion de obras de util recreo para la juventud de ambos sexos, dedicada á los suscritores del Museo. Todos los meses desde enero de 1854, se publicará un tomo de 250 á 300 páginas en 8.º mayor, edicion muy esmerada en buen papel y caracteres nuevos, con preciosas láminas de colores aparte del texto, iguales y aun mejor que las muestras que se han remitido al despacho de Madrid y á los corresponsales de provincia, para que los que quieran puedan verlas antes de suscribirse.—Los tomos se repartirán encuadrados á la rústica con su correspondiente cubierta.—El precio de suscripcion es 10 rs. tomo en Madrid y 12 en provincia por los ordinarios, y 14 por el correo, franco el porte. Los que adelantén el importe de tres volúmenes al menos antes del 31 de diciembre, recibirán gratis inmediatamente un ejemplar de la novela titulada *Graziella*, por Lamartine; los que adelantén el importe de cinco en la misma época, un ejemplar de los *Oficios de la Iglesia, en miniatura*, precioso devocionario y semana santa á la vez, con láminas de colores de un género enteramente nuevo; y los que adelantén el importe de ocho volúmenes recibirán la novela y el devocionario.

MUSEO y TESORO DE LAS FAMILIAS. Se publica un número mensual del primero y un tomo del segundo. Los que se suscriban antes del 31 de diciembre y paguen el importe de un año al Museo y dos volúmenes del Tesoro, ó sean 50 rs. en Madrid y 60 en provincia, recibirán gratis un ejemplar de los *Oficios de la Iglesia, en miniatura*; los que paguen el importe de un año al periódico y cinco volúmenes al Tesoro recibirán ademas del ejemplar del devocionario otro de la novela titulada *Graziella*.

NOTA. Los que prefieran recibir encuadrados los regalos en pasta ó tallete, se les enviarán como ordenen, pero será de su cuenta el gasto de encuadracion.

SE SUSCRIBE. En MADRID, en el establecimiento de Mellado, calle de Santa Teresa, núm. 8, y en el despacho del mismo, calle del Príncipe, núm. 25.

En PARÍS, en la librería española, rue de Provence, número 12, y en el depósito general, rue St.-André des Arts, número 47.

En PROVINCIA, ULTRAMAR y el ESTRANGERO, en casa de los corresponsales de dicho establecimiento y de la *Biblioteca Española*. Los precios de ultramar y el extranjero los señalan los corresponsales, segun el gasto que ocasionan las remesas y los terminos en que se hacen.